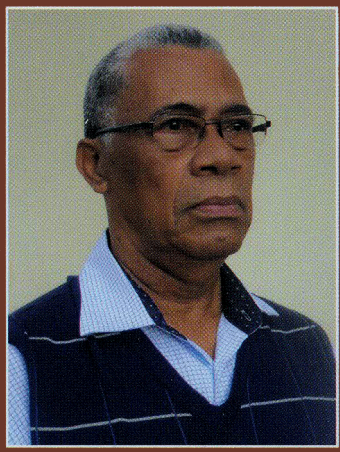
Manuel A. Matos Diedoné

ESAS CARTAS



Manuel Antonio Matos Diedoné. Nacido en Sánchez, domiciliado y residente en Santo Domingo.

Graduado en Educación, Mención Letras y Filosofía (especialidad en Lengua y Literatura, UASD), especialidad en Docencia Universitaria (UCSD). Maestría en Ciencias (Nova Southeastern University).

Ha publicado:

Miss Anita (**cuentos**),

La mujer de Hostos (**Relato**),

Lamore (**novela**).

Pendiente de publicación tiene:

Alquimia del deseo (**cuento**),

Juego de iguales (**cuento**),

La hija del Hungan (**novela**) y

Algunos: ejercicios de ternura (**poesía**).

En la actualidad enseña Comunicación en Lengua Española, en el Instituto Tecnológico de Santo Domingo (**INTEC**).

ESAS CARTAS

Manuel A. Matos Diedoné

Manuel A. Matos Diedoné

ESAS CARTAS

Instituto Tecnológico de Santo Domingo
Santo Domingo
2012

Matos Diedoné, Manuel A.
Esas Cartas / Manuel A. Matos Diedoné. – Santo Domingo: Instituto Tecnológico de Santo Domingo, 2012
156 p.

1. Novelas dominicanas 1. Título

RD863.44
M433e

CEP/INTEC

©2012 INTEC
ISBN: 978-9945-472-18-9

Diagramación y cubierta:
Rafael E. Domínguez Gautreaux

Foto de cubierta:
Manuel A. Matos Diedoné

Edición al cuidado de:
Manuel A. Matos Diedoné

Impresión:
Editora Búho

Impreso en República Dominicana

DEDICATORIA

A:
Joel, Abdías, Emmanuel,
Edgar y Alexander.
Mis hijos.

Yo soy
Nosotros somos.
Es el tiempo que pasa.
Es el tiempo pasando
Que se va que regresa
Y se repite siempre.

Juan José Ayuso

INDICE

Una nota 13

Juego de cartas 15

Esa desilusión de mí 27

El lazo que me ata 35

El hilo de una ilusión 45

Esa lucha distinta 51

Ataréo y Tarea 63

Territorios de asombro 75

Caminos de incertidumbres 83

Pamadre 89

Ruiseñor de la noche 97

Crepúsculo de promesa 105

Aromas de angustias 113

Amor de lejos 123

Camuflajes de alegría 141

Profecías cumplidas 151

UNA NOTA

Según algunos autores, la novela es un género de madurez que supone un clima particular donde los personajes tienen una interacción más compleja que en el cuento.

En su agudeza, Cortázar sentenció que, como en el boxeo, en el cuento se gana por knock-out y en la novela por puntos.

Esos puntos pueden corresponder a un golpe certero en el lenguaje, en la radiografía de un personaje, en el retrato de una atmosfera que revela un espacio y un tiempo...

Cuando una novela puede reunir más de uno de esos rasgos, entonces se valora como una buena novela. Es oportuno señalar que lo de buena novela supone un lector y unos criterios de lectura donde el hecho de la transac-

ción puede invalidar la ponderación de los expertos. En arte, y la literatura es arte, el público tiene sus misterios.

El Instituto Tecnológico de Santo Domingo, en el marco de su 40 aniversario, presenta a la consideración de todos Esas Cartas. Es una novela, escrita por un profesor del INTEC, cuya lectura invita a desvelar esos misterios del fascinante mundo de la literatura.

JUEGO DE CARTAS

Fue el 22 de un febrero de carnaval cuando la curiosidad y el tedio se mezclaron en la admonición de una predicción que se cumpliría después.

Habían terminado la tarea de matemática de Gupy o Facilito que eran los nombres clandestinos del profesor Esquea.

Ellos creyeron que sería tan difícil como la del fin de semana anterior, pero esta vez haciendo honor a la muletilla permanente del profesor Esquea, los ejercicios habían resultado "facilitos".

Vicky, Julio y Anabelle se habían sentado en el piso y la llamaban para que se integrara al juego. Ella quiso rehusar la invitación, pero la insistencia pudo más y se sumó con poco interés. Contribuyó en su decisión el hecho de que era muy temprano para salir fuera de tiendas o a comerse un helado.

Ellos eran un buen equipo en lo académico aunque con intereses distintos en muchos aspectos de la vida. Se habían conocido de una manera fortuita y ahora recordaban el hecho como una dichosa coincidencia de la vida.

En los momentos de ocio, Julio llenaba crucigramas o borraba y rescribía los números de algún Sudoku que traía doblado en la cartera.

Vicky, en cambio, sacaba juegos de cartas y las mezclaba con la pericia de un grupier antes de empezar a jugar solitario. Ella se preciaba de madura y ejercía un indiscutible control sobre Anabelle a quien consideraba su mejor amiga y con quien compartía sus interioridades.

Vicky era posesiva respecto de Anabelle, y eso se lo habían hecho notar más de una vez; pero ella esgrimía razones diferentes para no admitir la crítica.

Julio era una especie de guardián de todas ellas y guardaba en lo más íntimo de él la esperanza de que Vicky lo viera de otra forma, de que lo considerara más que un amigo. Aquello era una esperanza inconfesada que hasta a él le parecía expurea, poco leal y mezquina en tanto traicionaba la confianza que en él depositaban las amigas. Una vez se vio tentado a comentar su sentir; pero se le acabaron las palabras tan pronto le dijo a Vicky que quería hablar una cosa privada con ella.

– *No me pongas a esperar, tú sabes que eso no me gusta. ¿Qué tú me quieres decir?* -le dijo esa vez apartándolo hacia un extremo del lugar donde estaban.

– *Es una simpleza, te la digo en otro momento.*

– *Julio, el momento es ahora, no me le des vuelta a la cuestión* -insistió ella con la dureza de algunas veces.

Acorralado en la demanda debió buscar la salida más próxima

– *Es que estoy pensando dejar de estudiar y trabajar y quería hablarlo contigo a ver qué tú me aconsejas* -le dijo fingiendo una cierta compunción.

– *¿Era eso lo que tú me ibas a decir?* le dijo mirándolo a los ojos.

– *Sí, era eso* -respondió él con un leve tartamudeo.

– *Yo no te voy a contestar Julio. Cuando alguien te dice un disparate es mejor no responder. ¿Tú te estás volviendo loco? ¿Cómo tú vas a dejar de estudiar ahora que tienes la vida por delante? Mira, mejor no hablemos de eso ahora para yo no matarte.*

Cuando volvieron al grupo hubo un silencio que reclamaba la razón del aparte.

– *Y ahora ¿Cuál es el problema?* dijo Vicky como respuesta al reclamo evidente que se sentía en el grupo.

– *No hay problema mi hermana,* -dijo Anabelle- *pero dejen su enamoramiento para cuando estén solos.*

– *Lo tomaremos en cuenta* -dijo Julio entre una risita contagiosa.

Julio conjugaba la ingenuidad con un temperamento afable, aunque le acometían unos estados de ansiedad fruto de su perfeccionismo y el ánimo competitivo. Vivía demasiado pendiente a sus calificaciones académicas.

Cuando ella consintió en sumarse al grupo y jugar debieron explicarle con detalles y Anabelle fue la indicada ya que conocía las virtudes del juego de la adivinación de cartas.

– *Es simple.* -le dijo- *Tú tomas cuatro cartas y a cada una le asignas el nombre de un muchacho. Tomando la figura como señal del que más te interese. Cada una haces una pregunta y las cartas te responden. No puedes hacer trampa, oíste bien, no puedes hacer trampa.*

Vicky sería la interprete esta vez y cada quien tomó sus cartas desplegándola en abanico.

Vicky asumió una pose adusta y pensativa, sus cejas hicieron un nudo sobre la nariz y la frente como en el reclamo de poderes extraños. Respiró con cierta sonoridad y apretó los labios para completar la transformación que ella suponía le imprimía unos adicionales de credibilidad. Aquella actitud decía que se tomaba en serio su papel de pitonisa improvisada.

– *Vamos a comenzar. ¿Ya tienen sus nombres y sus preguntas?* dijo.

– *Dame un segundo que éste no me conviene* -dijo Anabelle mientras reordenaba sus cartas.

– *Y ¿quién es que te conviene muchacha?* intervino julio en tono de chanza.

Anabelle se sintió delatada en su vieja y secreta pasión. Había dicho aquello pensando en Alexander ya que una de sus cartas era El Sol. Esa vieja ilusión le gratificaba interiormente y la desbalanceaba en momentos como el presente. Nunca comentó nada en el grupo, aquello era de ella y de su almohada, de ella y sus intimidades. No se iba a exponer a la censura y al interrogatorio que supondría revelar tan solo el nombre.

Lo conoció en la cafetería de la universidad un día en que la única mesa con asiento disponible era en la que estaba él y su proceso premenstrual la apuñalaba con ese dolorcito molestoso que la obligaba a estar sentada.

Ella pidió permiso para sentarse y él entró en conversación con ella.

Alexander estaba de término en Ingeniería Eléctrica, pero en las preguntas que hacía y como se relacionaba parecía, más bien, un sicólogo. En minutos ya le había preguntado hasta de su familia lejana, le había explicado el significado de su nombre y mil detalles que ella oía con agrado y atención. Aquella fue una primera conversación amena y más breve de lo que ella hubiera deseado porque antes de ella terminar su almuerzo él se despidió diciendo.

– *Mi nombre es Alexander para lo que pueda servirle* -le dijo al momento de pararse de la mesa y dejar evidencias de una estatura descomunal y delgada.

– *Sé que el suyo es Anabelle, no porque soy adivino, sino porque está escrito en el lomo de su libro* -volvió a intervenir esta vez con una sonrisa de niño a flor de labios.

– *Eres muy observador, así es como me llaman* -dijo ella aún sorprendida con la estatura de Alexander que vista desde donde ella estaba resultaba ciclópea, duplicaba todo posible cálculo de cuando él estaba sentado.

Después de aquella vez coincidieron unas dos veces en la hora de almuerzo, pero no pudieron sentarse juntos. Se saludaron con un gesto de manos y esa sonrisa fingida

que imponen ciertos encuentros. Anabelle había ido sin el grupo con la secreta ilusión de que hablaran de nuevo, Alexander era un conversador agradable. Todas las veces que lo vio le invadió la sensación de que aquel era un caso de estatura anormal que empequeñecía al sentarse.

Una de esas veces se fijó que también era un hombre apuesto de un perfil que le hacía recorrer los pasillos del recuerdo en búsqueda de algún actor de una película famosa. No había dado con el nombre del actor al que se le parecía Alexander pero sabía que eso era cierto.

El debía dejarse asesorar por alguien que le cambiara el modo de vestir, lo que usaba le disminuía el atractivo, lo hacía ver como alguien que se cubría no que se vestía.

Llevaba siempre el pelo sin brillo y despeinado y la barba incipiente le daba aire de convaleciente. Traía, en las dos veces que lo vio en la cafetería, una camisa gris de mangas cortas con las marcas de la vejez en el cuello desteñido.

Fue en la segunda vez que empezó a fantasear con él, Ese día tenía la sensualidad a flor de piel y se dio unas libertades mentales que no le eran comunes.

Después que él se marchó con el amigo con quien compartía una historia que les hacía reír a mandíbulas batientes ella se quedó pensándolo en un limbo de sonidos y olores extasiantes, en unos espacios que no tenían horas y donde ella hacía y rehacía los detalles que de él le atraían.

En esas fantasías la había encontrado Vicky aquella tarde. Ella le argumentó que no tenía nada, que sólo reposaba el almuerzo que había sido más abundante que otros días.

– *Ya estoy lista ¿quién empieza?* se escuchó el mandatario.

– *Que empiece la señorita y cuidado con la de atrás que tiene las orejitas lo mismo que un alcatraz* -cantó Julio, señalando a Juliana.

– *Que comience por otro yo nunca he jugado esto* -respondió ella.

– *Por eso mismo, para que aprendas es que hay que comenzar por ti,* dijo Anabelle olvidada del recuerdo.

– *Entonces, comencemos.*

Vicky volvió a fruncir el ceño, miró a cada uno para imponer cierto orden y admitió la primera pregunta por cada una de las cartas de Juliana.

– *¿Cuál será el más exitoso de los cuatro? ¿Con cuál tendré la relación más duradera? ¿Cuál tiene más posibilidad de herirme? ¿Con cuál me voy a casar?*

Para ser la primera vez Juliana se había desempeñado excelentemente bien en las preguntas, ahora venía el turno de las respuestas y hubo un silencio expectante

Vicky miró la primera carta con detenimiento y comenzó las predicciones.

– *El que tiene un nombre con P será el más exitoso, llegará lejos en el orden profesional y económico. Con ninguno de los cuatro tendrás una relación duradera, aunque tres de ellos te ofrecerán villas y castillos. No te herirá ninguno pero habrá una que otra pelea que se solucionarán* -dijo al tiempo que clavaba los ojos en los ojos de Juliana y le decía

– *Con el que te vas a casar es con el que quitaste de la lista de los cuatro. Es con ese con quien tendrás una relación duradera que terminará en fracaso. Te entregarás entera, le darás la vida, te será indispensable pero fuerzas ajenas a ustedes los separarán dolorosamente. El no soportará tu dependencia familiar y eso será el inicio del distanciamiento.*

Juliana no hizo otras preguntas y reparó en que ciertamente ella había sustituido el nombre de aquel muchacho amigo de su hermano que le llegó al pensamiento cuando dijeron que tenía que poner el nombre de una persona en cada carta. Lo había sustituido por una inexplicable demanda de su interior que le decía que podría llegarse a enamorar de él.

Antonio era como se llamaba, sí, Antonio Arias.

Era un muchacho tímido casi huidizo y las veces que se encontraron él estaba de pie a la espero del hermano de ella con quien practicaba artes marciales en un local cercano.

Una tarde Juliana llegó a su casa y encontró a Antonio con un porte de estatua abandonada, abstraído en uno de los cuadros que adornaban la sala. Tan ido del mundo estaba que se asustó cuando ella le dio las buenas tardes. El pensó sonreírle para atenuar su espanto y le salió una mueca que dejó ver unos dientes blancos y perfectos tras unos labios apretados.

Aquello le pareció a ella algo chistoso y por un momento se detuvo para preguntarle si ya le habían avisado a su hermano que él estaba ahí.

– *Sí, sí señorita, la señora del servicio debió haberle avisado. Gracias.*

– *Siéntese, supongo que el ya viene pero tú sabes como es él, no tiene el más mínimo sentido del tiempo ajeno.*

– *Bueno* -dijo Antonio como confirmación de lo antes dicho.

– *Yo no me explico y disque las artes marciales templan el carácter y vuelven a las personas responsables* -dijo ella con una clara evidencia de que le molestaba la impuntualidad de su hermano.

Antonio se limitó a escucharla cediéndole toda la razón.

Ella volvió a la carga y fijándose en Antonio que continuaba de pie le preguntó ¿Tú también eres impuntual?

Él no supo la dirección que traía la pregunta y respondió en un tono conservador.

– *Creo que no señorita, creo que no.*

Ella no dijo más nada y lo dejó todavía de pie donde lo había encontrado.

Ese día Antonio le pareció atractivo a Juliana.

ESA DESILUSIÓN DE MÍ

Prefirió no salir esa tarde; después del juego la invadió una sensación que no entendía. Era una mezcla culpable de asco y estulticia. Había transgredido sus creencias religiosas y puesto su pensar en un deleite del diablo. Ella no tenía la fortaleza interior que siempre había creído ya que le convencieron los amigos..

Las prácticas de adivinación siempre habían sido rechazadas en Las Escrituras, tenían un claro referente al maligno y un amigo de la casa y su madre habían conversado al respecto en innúmeras ocasiones delante de ella.

Como para confirmarse en el error, ordenó los hechos transgresores. Primero estaba el no saber qué hacer después de finalizada la tarea académica pendiente. Después el espíritu de distención y juego que siguió a lo primero y su negativa y posterior aceptación de jugar a la adivinación.

Aquello debía ser considerado como eso: un juego, un simple juego para matar el tiempo. A ciencia cierta era eso, pero había acontecido algo que saltaba los límites del simple juego.

Vicky había adivinado que ella evitó poner el nombre de Antonio Farías entre los nombres que debía poner en cada carta. Aquello era una verdad que ella minimizó en el momento pero que en su interior estaba clara.

El Padre Martín, que era el amigo de la casa con quien su madre destejía los sutiles recursos de que se valía el diablo para alejar y luego arrebatar las almas a Dios, había comentado el hecho de las posesiones. Decía que comienzan como algo inocuo en donde el futuro poseído se va entusiasmando de sus aciertos y gradualmente se siente con verdaderos poderes. Quizás Vicky estaba comenzando a transitar por esos laberintos sin percatarse siquiera. No sólo era ella, Juliana. La que estaba en peligro; su amiga y compañera de estudio estaba en el pórtico de lo fatal, en las fronteras de lo peligrosamente desconocido. Ahora le venía al recuerdo la forma impositiva en que su amiga había reclamado su atención. Ella exhibía un temperamento fuerte pero se le había ido un poco la mano estableciendo el orden del comienzo.

¿Por qué Vicky frunció el seño tan fuera de lo normal? Se comportó indiscutiblemente de un modo extraño, no era ella. El Padre Martín había dicho que los sujetos en vía de posesión exhiben transformaciones físicas y esta hipótesis se descartó al concluir que nadie en la familia había tenido problemas con persona alguna. El fenómeno de las llamadas hizo que su familia interpusiera una querella policial de la que no se tuvo respuesta nunca.

Así como llegaron, las llamadas desaparecieron al mes y medio justo.

Esa vez Vicky se descontroló un poquito hasta el punto de no querer andar sola ni salir a divertirse en lo poco que hacían. Total que la casi única diversión de ella y sus amigos era ir a un cine de plaza y al final revisar las tiendas, preguntando sin ir a comprar nada.

La primer vez que volvieron al cine, después que cesaron las llamadas silenciosas ella se mostró esquiva y mirando a todo el que se le aproximaba. Esa vez Julio bromeó con ella diciéndole que no era una artista de cine ni una millonaria a la que querrían secuestrar, que se quedara tranquila y olvidara el pasado.

Esa fue la única vez que ella sintió a Vicky distinta pero después de ahí nunca.

Pero ¿Vivía Vicky una vida secreta de inclinaciones que ella desconocía? ¿Por qué siempre andaba con esos juego de cartas en el bulto de los libros de clase? Si bien otras estudiantes hacían lo mismo no jugaban solitario ni tenias las cartas del tarot como Vicky. Se aglomeraban en grupos de cuatro para jugar al ladrón o al póker cuando había por el medio la apuesta de quién pagaría las pizzas o los donald.

Juliana se ovilló en el sofá como para que las preocupaciones se le hicieran menores. Así, con el cuerpo retorcido y las piernas bajo las nalgas sintió la llegada de la noche. Le fue ganando un desanimo mayor que le impedía sacudirse de aquellos pensamientos; Vicky, Antonio; Vicky, Antonio. Las cartas, el ocultar el nombre, su madre, el padre Martín, las tentaciones del diablo, su consentimiento a ellas, el juego inofensivo delas cartas y...¡Ah Vicky

había pronosticado que ella se casaría con Antonio al que bautizó como el nombre que ella no había querido poner en el juego.

Se casaría y se separarían en razón de la familia.

Esa parte final no le extrañaba, Vicky siempre había sostenido que la madre de Juliana era tan posesiva que no le iba a permitir vivir su vida. La premonición era sólo un recalcar lo mismo, pero el que ella le daría la vida eso sí que no.

Sabía por experiencias de dos de sus tías que el entregarse por entera no conducía a nada bueno. La tía Inocencia había vivido una experiencia de amor no correspondido que la dejó al borde del suicidio y ya eso era suficiente como cuota familiar, a ella no le pasaría igual.

Pero sabía que el corazón es mudable como las estaciones y las temperaturas, como el ojo en sus visiones en noches asustadas; ahora no sentía nada por Antonio pero no se podía engañar diciendo que así sería siempre. Él era un hombre y ella una mujer y si bien no parecían compatibles por las escasas conversaciones de su hermano ella empezaba a sentir curiosidad por aquel visitante furtivo de su casa.

En el desgano de esa prima noche, se descubrió intentando anticipar el futuro, sometió su introspección a esa necesaria actitud de observación que recuenta los detalles más intrascendentes en procura de indicios y evidencias. Recordó que quizás había comenzado su conquista de manera inconsciente cuando sometió a Antonio a esas preguntas sobre puntualidad. Sintió en sus respuestas la densidad de

una voz que cobraba un peso de hueco, de nerviosismo y tristeza; fueron respuestas casi monosilábicas. Ese día por las miradas de él, ella descubrió un alma buena que traspasaba las agradables fronteras de su cuerpo. Pero por qué recalaba en pensar a Antonio cuando en realidad su malestar venía del hecho censurable de haber consentido en una actividad pecaminosa. El recuerdo la había sacado, por un momento, de ese estado en que se vivía gracias a los miedos heredados y adquiridos.

El hecho de que en tal abandono interior como el que padecía esa tarde se atenuara pensando al amigo de su hermano ¿no sería una de esas pasiones sujetas a la mudanzas de su humor impredecible, uno de esos cambios de un apetito insaciable de experiencias distintas?.

De un tiempo a esta parte, se descubría con pensamientos y deseos extraños, con deseos de unas libertades francamente cuestionables.

Juliana respiró profundo y decidió pararse de donde estaba sentada y sacudir esa desilusión que la arropaba.

EL LAZO QUE ME ATA

No se llevaba bien con su madre. Ella no había logrado crear los vínculos que su sensibilidad, su modo de ser reclamaba.

Llegó a sospechar que era objeto de celos con su padre que sí la entendía en lo más mínimo y sí se preocupaba de ella y de todos.

Su padre olfateaba al instante cuando ella estaba triste aunque fingiera una alegría de carnaval o esquivara entre comentarios diversos la necesaria interrogación.

Una vez que llamó por teléfono para notificar que llegaría más tarde en el solo saludo que ella dio para identificar a quien llamaba su padre captó que había llorado. ¿qué te hizo llorar hoy? Fue la inmediata pregunta antes de dar la noticia de que llegaría a otra hora.

– *a mí nada* -fue su respuesta esa vez.

– *Tienes derecho a no querer decirme el por qué, pero no me gusta que me mientas* -le dijo. Aquello la entristeció a tal punto que se le opacó la voz y debió respirar con fuerza para no volver a deshacerse en lágrimas. ¿Cómo

su padre podía adivinarle el estado interior pese a la distancia?

Aquello era para meditar. Su madre que era mujer y que estaba permanentemente con ella no se percataba de las bajadas de ánimo ni de las tristezas que la llevaban a llorar en soledad muchas veces.

Había un espacio existencial en la vida de su padre que ella no lograba entender. Esa pieza le descomponía el tablero de la comprensión o del juicio exacto de que la pareja no funcionaba.

Ella expiaba las conversaciones entre dientes que su madre se empeñaba en sostener en presencia de tercero. Ese abejoneo era indescifrable a oídos normales y debían ser reprimendas de mal gusto porque su padre se iba enrojeciendo y respirando a un ritmo sonoro regular. Ella le veía las orejas color púrpura y los ojos brillantes como de animal en la obscuridad. En una rigidez de estatua se le veía, a veces, hacer una señal de ¡basta¡ que podía dar la impresión de un gesto musical de director fogoso.

Entonces su madre se mesaba el cabello con ambas manos en evidente nerviosismo y quizás temerosa de una eclosión que la dejara en evidencia de su mal manejo del malestar o de su permanente insatisfacción con todo lo que no fuera como ella quería.

Juliana no entendía cómo su padre había logrado soportar por tantos años un temperamento tan especial e impositivo y poco afable como el de su madre.

Aquella era su madre biológica y le debía cariño y respeto pero esa mujer era una caja de sorpresas negativas y si sólo tienes sorpresas, se produce en ti el pánico que es la frustración de un cerebro que no puede anticipar nada. Eso era su madre, Un ser que daba miedo, una persona incapaz de comparar y mucho menos de comprender.

Su padre consumía lo mejor de su vida con un estoicismo inexplicable junto a alguien de quien hasta la hija dudaba de su salud mental.

Para ella nunca algo estaba bien, siempre el otro era un peligro del que había que cuidarse. Los otros tenían un relativo valor en proporción a su actitud piadosa, a su fundamentalismo ético y al desprecio a las cosas terrenales.

¿Cómo un hombre de la condición de su padre había soportado tanto tiempo y para colmo dando la impresión de una vida armónica? ¿Cómo pudo darle tres hijos a una arpía ególatra y prejuiciada?

Juliana se espantó de los juicios y epítetos que había externado a lo interior sobre su madre. Así lo sentía, pero era pecaminosa esa absoluta sinceridad con un ser que le había llevado por meses en su vientre y le había cuidado hasta el presente. Unos pensamientos de tal proporción ameritaban una confesión contrita y una charla espiritual con el Padre Martín. Como sentía y vivía la situación familiar así juzgaba y creía, pero estimaba que se había excedido en la defensa de su padre al juzgar a su madre de arpía.

Por un momento se hizo la pregunta de si su madre había sido así siempre o si aquello era un producto de los años

o un revés repentino por una conversión de matices medievales.

Anteriores indagaciones en el seno familiar le habían dejado claro a Juliana que su madre era genio y figura hasta la sepultura, que nunca había sido distinta a lo que era ahora. Que había tenido pocas amigas y casi ningún amigo. Tía Inocencia decía que ella era intransigente y temible hasta el punto de creérsele un poco trastornada.

Igual que ella ahora, su abuela no se llevó bien con su madre. En cambio, la familia de su padre por lejana que fuera se expresaba un cariño de hermandad inefable.

Su padre permanecía poco en la casa y esto por razones laborales. Los fines de semana, el viernes, para ser preciso, era cuando llegaba a eso de las siete o siete y cuarto. En la casa nunca había un mínimo detalle que dijera que una mujer casada y con tres hijos y cuyo marido esta ausente regresaba cansado y deseoso de recobrar y dar los afectos que las circunstancias le impedían expresar. Juliana no veía en su madre la lógica expectación que cualquier simple reencuentro proporciona. Su madre seguía la rutina de siempre en la que no podía faltar el Santo Rosario que se transmitía en una emisora católica de lunes a viernes a las seis de la tarde. Bañada y en bata su madre se sentaba en una mecedora frente a la radio y seguía los misterios del día en su rosario de cuentas perfumadas que le habían traído de Roma. Aquel rosario tenía una bendición papal y ella lo guardaba en una bolsita de terciopelo verde. Muy de vez en cuando la cena experimentaba variaciones que podrían juzgarse pucheritos para el padre. En vez de pan

con huevos fritos y café con leche o pan, mantequilla y queso o sándwich con jugo de naranja se hacían unos tostones con salami frito o un suculento puré con queso blanco y café con leche.

Cuando se daban esas variaciones, su madre seguía en la rutina de su pan con queso y el infaltable café con leche. A juicio de Juliana se ponían al principio de la oración. Era una evidente muestra de vejez prematura. Al llegar a la casa su padre tocaba dos veces el timbre como señal de llegada y su madre abría la puerta; se saludaban con un ¡hola! y él le daba un beso en la mejilla derecha a lo que ella respondía con el sonido de un beso dado al aire. No se abrazaban nunca, era un saludo protocolar que podía dársele a cualquiera.

El padre dejaba en el pasillo una maleta pequeña de ruedas a un extremo en la que traía la ropa que había ensuciado en la semana. Seguía hacia las habitaciones de sus hermanos y de ella. Saludaba a Miguel con un beso en la frente y le hacía cualquier comentario. Era imprescindible la pregunta sobre el progreso en el Judo. Miguel siempre contestaba lo mismo y seguía en lo que estaba haciendo. A su hermana cuando la encontraba en la casa la besaba con un beso en cada mejilla y un tercero en el centro de la cabeza.

Con ella las cosas eran distintas, le decía mi princesa o mi vida y esto mientras la apretaba en un abrazo cálido y tierno. Ambos se sentaban al borde de la cama mirándose y ella comenzaba a contarle con detalles lo que había hecho en su ausencia. Ella nunca dejaba salir sus temores y sus criticas respecto de la madre, no era quien para meter cizaña en una relación que no entendía. Su padre

era una persona inteligente y resolvería lo que fuere en el momento adecuado.

En esos quereres les sorprendía casi siempre el áspero llamado que zigzagueaba entre las habitaciones y que conminaba a la cena. Alguna vez ella y su padre se entretuvieron en la conclusión de algún detalle que él juzgaba importante o en cualquier tontería y era cuando venía la madre y tocaba la puerta, aunque estuviera abierta, con tres golpe fuertes y cara de poco amiga.

En la mesa el ritual de la bendición de los alimentos era una tortura. No era la oración breve de todos los mortales y en ésta ellos debían limitarse al ¡Amén¡ final porque su madre y solo su madre tenía la potestad de dirigir la ceremonia.

Los viernes en la noche la cena era de la familia y todos debían estar presentes. "Familia que reza unida permanece unida" decía la madre cuando cualquier hijo pretextaba compromisos. Después de la cena todo, antes nada; era una ley insoslayable.

Con frecuencia Juliana pensaba en eso de familia que reza unida permanece unida. ¿Era una familia su familia?¿Cuál unidad era la que su madre exhibía?¿Era oración lo que se hacía en la cena?

Su padre era el último en levantarse de la mesa y ya había dejado de alagar la exquisitez de los alimentos. Después se iba a la sala y encendía el televisor para ver algún programa de deporte en lo que su madre recogía, fregaba y ordenaba los trastos usados en la cena.

Nunca su madre le acompañaba a ver televisión, aquello era una perdida de tiempo. Juliana pensó que si como decían los libros que convivir es compartir la vida ajena y hacerla partícipe de la propia eso no ocurría en su casa. Su padre quizás podía convivir con su madre por haberse acostumbrado a sus manías y virtudes o quizás conocía esas periferias esquizoides de las que quería salvar sus hijos y por ello se inmolaba en aquella relación.

Su madre no era atractiva en lo más mínimo, lo había sido en sus primeros años de matrimonio como lo evidenciaban las fotos que adornaban la mesita esquinera de la sala. Ahora su cuerpo le había hecho una mala jugada. Los brazos le habían engordado al punto de lo innombrable aunque eran sus caderas lo verdaderamente terrible. La cintura le seguía estrecha, pero luego venían unos laterales masudos que le repuntaban en unas nalgas casi vulgares. Ella lo sabía e intentaba aplacar el desorden con fajas torturantes y unas batas holgadas.

Su padre, en contrario, se veía mejor que en las fotos de boda. Ahora tenía unas libras mejor distribuidas, no lucía el cabello tan planchado sino con unas hondas salpicadas de cana y las pestañas muy negras y abundantes enmarcando unos ojos almendra. Su padre era precioso, era el hombre con quien cualquier mujer soñaba. Una vez su padre y ella fueron a comprar un regalo para su madre y las mujeres presentes ya por estar comprando igual que ellos o las responsables de la tienda no le quitaron los ojos de encima a su padre. Todavía cuando pagaron y se despidieron una que otra se asomó a la puerta para verlos irse. Aquello era una prueba de lo que ella sabía.

Anabelle, su amiga, en una confesión entre seria y jocosa había hecho unos comentarios mordaces contra su madre tildándola de tonta, despreocupada y poco romántica; dijo que si a ella hubiera tenido un hombre así no lo dejaría salir sólo a la calle para que no se lo robaran.

Para juliana el vínculo familiar era su padre. El si entendería que aquel juego de las cartas había sido un simple compartir de amigos no un claudicar a los principios éticos y religiosos ni un haberse dejado engañar por los sortilegios del diablo. Su padre y nadie más era el vínculo que en verdad le ataba.

EL HILO DE UNA ILUSIÓN

En sus cavilaciones de noches con poco sueño Juliana había comenzado a incluir al amigo de su hermano y esto con más frecuencia después del incidente del juego de cartas en donde Vicky había profetizado unos eventos que no tenían visos de ocurrir. Sabía que el amor supone entendimiento y una cierta admiración y con Antonio el entenderse debía ser difícil ya que era, a su entender, monosilábico en las respuestas y huraño en el temperamento. Esa fue su apreciación el día en que le jugó la broma de la puntualidad. Él pudo articular una respuesta más extensa y contundente que lo eximiera de la evidente acusación que ella le hacía y sin embargo fue lacónico y hasta cierto punto huidizo.

Su hermano sentía una verdadera admiración deportiva por Antonio, le auguraba un futuro brillante en el deporte por su disciplina, entrega e inteligencia. Eso lo había escuchado en una conversación de Miguel con su padre. Su hermano había añadido una expresión que ahora ella buscaba encajar en sus reflexiones. _ La mujer que se case con ese llevará un hombre de los que quedan poco en este país.

¿Por qué habría dicho aquello en ese tono?¿Sería para que ella escuchara y comenzara a interesarse?

Definitivamente no, su hermano hablaba así siempre, no tenía matices, lo que decía se escuchaba a distancia. Sin embargo, ahora que ella había ocultado su nombre en un simple juego y la habían descubierto y que le habían profetizado que se casaría con él pensaba la frase de su hermano como un augurio.

– *Bueno ¿y qué si me enamoro?* -se dijo quitando los cerrojos a las puertas de su imaginación.

– *Él es un hombre y yo una mujer y no veo por qué tengo tanto miedo. El éxito o el fracaso depende de una; no de lo que pueda decir o adivinar alguien.*

Titubeó por la valentía que suponía su pensamiento, pero siguió adelante en las cavilaciones; se vivió agresiva en el abordaje y repasó los posibles hábitos que un hombre como Antonio debería tener. Su hermano no era modelo a seguir pero de algo le serviría.

Lo pensó levantado muy temprano para hacer sus rutinas de ejercicios. Los calentamientos primero; luego las pechadas en secciones de veinte y los respiros hondos para oxigenar el cuerpo.

Lo visualizó con un desayuno de huevos, leche y frutas luego de un baño reparador. Un buen baño.

¿Por qué se había detenido a pensarlo en el baño? No buscó explicación sólo lo pensó en cada ritual. El agua cayéndole en las manos y salpicándolo del pecho hasta los pies. El chorro en la frente y la cabeza y los primeros movimientos.

¿Cantaría Antonio en el baño? Porque si lo hacía ese era el momento de comenzar. Mojado el cuerpo seguía el jabonarse. Imaginó cada brazo vapuleado por esa manos grandes y callosas, manos probablemente torpes para una caricia, pero firmes en el placer. Las axilas delimitando la redondez pétrea de unos pectorales de titán. Axilas velludas y a las que trataba con menos brusquedad. Luego el cuello y las orejas. Vendría la otra parte pero ella frenó el pensar, iba desbocada y libidinosa en la imaginación y eso no estaba bien, la entusiasmaba pensarlo en total desnudez con cada músculo definido y bien dotado en sus partes íntimas.

– *Un buen atleta debe ser buen amante* -se dijo ya en el límite de excitación que el pensar a Antonio le había provocado y entonces le sobrevino la súbita certeza de estar enamorada. Había jugado, a lo interior, con la ambivalencia de la indiferencia y el interés. Rechazaba el hecho de que cuando le cuestionó la puntualidad no era más que una manifestación de coquetería y sabía que esta era un juego de apariencia. Si estaba enamorada ella no iba a caer en esos calculados asedios disfrazados de casualidad, ni se prestaría a forzar conversaciones con su hermano para enterarse de detalles secretos que le proporcionaran unas ventajas en el momento de la verdad. No era de esas personas aunque se moría por saber qué pensaba Antonio del amor y las mujeres.

Aunque había oído que en el amor y la guerra todo se valía, ella no iba a guerrear, no era persona de ardides y mucho menos de agendas encubiertas.

Sentía los pálpitos del enamoramiento y quizás debía procurar seducir al tímido de Antonio, pero el sólo hecho

de verse en el teatro de una voz quejumbrosa, en el lazado sutil de unas piernas desnudas, en la lascivia de un helado consumido a lengüetazos; eso la aterraba, la hacía pensarse una cualquiera. No quería correr el riesgo que supone toda seducción, la veía como un demonio desenfrenado y ella carecía del exorcismo para tranquilizarlo.

Ahora había caído en la cuenta de que la geografía de su sentir tenía regiones que ella no sospechaba.

Vicky con el descubrimiento de su omisión y ella en las resacas de una posible transgresión a los cánones de educación materna habían logrado catapultarla a unas regiones de deliberaciones que le obligaron a replantearse la vida entera.

El sólo hecho de sincerarse en que le gustaba Antonio y el pensar que podría conquistarlo le producía una especie de felicidad. Había oído del amor a primera vista y lo juzgaba una frivolidad más de muchachas sin norte en la existencia, de pérdidas con nombre. Ahora en su experiencia, no estaba tan segura de lo anterior. Ella había tropezado unas dos veces con el amigo de su hermano, pero en ambas ocasiones su madre le entretenía en lo que Miguel llegaba. Juliana se había detenido a hablar con Antonio solo una vez y había sido suficiente para que ahora estuviera en esas levitaciones del sentir.

– *Tengo derecho a ser feliz* -se dijo para reafirmarse en la ilusión que un recuerdo hecho por las circunstancias le producía.

ESA LUCHA DISTINTA

Miguel se veía excitado en estos últimos días. La proximidad de la competencia y la posibilidad de ascender a una categoría superior que ellos llamaban cinta le había cambiado el comportamiento en la casa. Se ejercitaba desde muy de mañana en una barra que había colocado en el marco de la puerta de su habitación y se le oía el jadear del cansancio como toro lidiado en una plaza desierta.

En la tarde Antonio pasaba a buscarlo para ir al doy y no bien tocaba el timbre de la puerta ya Miguel estaba listo contrario a siempre. Al regreso de la ejercitación ambos amigos se detenían en la puerta, a veces entreabierta, y comentaban las debilidades y fortalezas que seguían teniendo y algunas de las estrategias que les convendría implementar con este o aquel tipo de peleador.

Por alguna razón Juliana veía a su hermano interesado en salir triunfador en aquella competencia. Eso lo confirmaba su Férrea disciplina de ejercicios, alimentación y mucho sueño. Se le veía distinto, había recobrado un cierto garbo militar de espalda recta y ceño fruncido.

El viernes se le vio hablando con su padre y aquel levantó el brazo izquierdo en un ángulo recto como si jurara por algo. Cuando su padre entró a saludarla como era su costumbre ella descubrió la razón del ritual de juramento. Miguel quería que su padre asistiera al examen-torneo de su escuela de Judo.

Juliana aceptó acompañar a su padre a sabiendas de que las preocupaciones escatológicas de su madre no le dejarían tiempo para acompañar a su esposo. Además hacía tiempo que ella no contaba en la vida de Miguel ni Miguel en la vida de ella. Ella era su madre y punto. Le mantenía lo necesario de ropa, techo, alimentación y educación. Aquello era su obligación y la cumplía a cabalidad.

Antonio y ella se saludaron una que otra vez cuando este venía por su hermano. Ella lo sintió menos tenso y más observador de alguno que otro detalle. Ella podía apostar que a él le gustaban sus piernas bien formadas. Él no era el único que se fijaba en esa parte de su cuerpo; lo sentía cuando usaba faldas en la calle.

Luego de verle se quedaba pensándolo y esto le traía un sentimiento gratificante, un pálpito de corazón que ella juzgaba distinto y como que le impulsaba a querer compartir más tiempo con él.

Uno de esos días, Antonio la miró de una manera extraña y detenida. Ella sintió un calor que le descompuso el cuerpo. Aquel detalle la sumió en un asombro o más bien en la certeza de lo que sospechaba. Aquel reflejo, quizás furtivo, le fue luz salvadora y sus manos iniciaron un cortejo nupcial de remolinos y enlaces interminables. Ella no le

era indiferente. Definitivamente había algo entre ellos que se gestaba lenta e inconfesadamente.

Pensó en las cartas y en Vicky, en su padre y su madre, en la vida de pareja. Y en la imposibilidad de que alguien que hiciera su vida con un hombre como Antonio padeciera los dolores que las cartas auguraban. Antonio podía ser el único argumento de vivir para cualquier mujer; ella no podía engañarse.

– *Quiero verte ganar* -le dijo ella tres días antes del torneo.

Él se río complacido y le preguntó con cierto aire de sorpresa.

– *¿Vas a la competencia?*

– *Sí voy, pero no quiero verte perder* -le dijo ahora con un tono de amorosa advertencia.

– *¿Y sí pierdo?* -insistió él, más por provocar la conversación que por anticipar la posibilidad.

– *Si pierdes... si pierdes... si pierdes...* -repitió ella en tonos distintos. *Si pierdes* -volvió a repetir- *sabré que no eres lo que yo me imagino.*

Él se quedó atento a las palabras y en la introspección momentánea que supone el perder. Volvió a deslizarse por las laderas del recuerdo hasta el valle intramontaño de sus cosas más íntimas. Ahí vivía el miedo y la frustración y su posibilidad de ser protagonista de cualquier tiempo adverso.

– *Yo no voy a perder* -le dijo con una certeza inusual. *No voy a perder* -repitió.

En su voz ella entendió el meta mensaje con claridad meridiana. Él lanzaba las redes del interés de un modo inusual. No era capaz de abordarla de frente y desnudar su sentir, se insinuaba con tacto de cirujano evidenciando su ninguna pericia en cosas del amor o quizás con la sensación de que se aprovechaba de la hermana de su amigo. Todo era posible de imaginar.

Ella esperó a su padre en la puerta de salida.

Se había preparado con excesiva anticipación y era perceptible el interés que manifestaba por llegar temprano al lugar del evento.

Aquel no era el salón de la escuela, sino un espacio habilitado con sillas en media luna y unas banderolas con letras orientales.

Al centro había un colchón color chocolate de un espesor considerable. Los competidores vestían unos uniformes blanco cuya camisa se cruzaba al frente y quedaba sujeta con una cinta gruesa que anudaban con fuerza.

A ella le extrañó el que a la entrada hubiera un retrato color sepia de gran formato de un personaje que no había visto nunca. Pensó que podía ser algún santo o dios oriental ya que sabía de la propensión panteísta y de las supersticiones de los chinos. El Padre Martín les había contado de cómo los orientales le ponían comidas y bebidas a los antepasados muertos. Decía que los orientales guardaban en las casas los huesos de sus familiares muertos. Para ella aquello era una exageración, pero cada nación tiene sus culturas.

Antes de acomodarse su padre y ella divisaron a Miguel y Antonio haciendo unos ejercicios de estiramiento. Se

veían tensos y silenciosos. Antonio se acomodaba la parte interior de su camisa y terminaba halándola en los extremos inferiores.

Ella no dejaba de hablar a su padre que muchas veces le pasaba las manos por el cabello recogido en cola o simplemente se reía de las ocurrencias. Ella estaba inquieta, más inquieta de lo que hubiera querido estar pero era imposible el controlarse. Seguía cada movimiento de Antonio como queriendo darle un ánimo especial.

El murmullo indicó que el evento iba a comenzar. Primero entró una fila doble de los competidores que se colocó a un lado en un silencio reverente.

Después siguieron los árbitros que se colocaron frente a sus mesas y dos en las esquinas diagonales del colchón.

Luego fueron cinco personas uniformadas como los competidores y que debían ser los profesores. Finalmente y franqueado por dos uniformados con cinturones negros venía un anciano descalzo, barbudo y de escasísimo pelo que fue aplaudido por la multitud con el mismo entusiasmo que si fuese un artista.

Cuando el último grupo llegó a una especie de tarimita baja con una silla al centro, el anciano subió e hizo una reverencia a los que le escoltaban luego a los competidores y por último al público.

En el espacio se oyó un sonido fuerte e ininteligible. Es el saludo de todos a la autoridad del señor que está allí. Él es la máxima autoridad de esta disciplina en el mundo- dijo el padre a Juliana.

Terminada las restantes ceremonias comenzó la competición.

Aquello era extraño, los contendientes se miraban con expresión de enemigos mortales y comenzaban una danza breve intentando agarrarse por las camisas. Cuando lo lograban comenzaba el intento en derribarse con zancadillas, que muchas veces eran evitadas con un oportuno retroceso.

En la tercera pelea uno de los contendientes llevó al otro al suelo y con un rápido movimiento comenzó a estrangularlo con la virulencia de un asesino. Todo se resolvió cuando el perdedor golpeó varias veces el colchón con la mano derecha.

Primero fue Miguel quien debió combatir. Cuando estuvo frente al contrincante se inclinaron en una doble reverencia a los árbitros y luego ellos entre sí.

Miguel saltó como una fiera y sujetó con ambas manos el cuello de su contrincante que sólo logró agarrarlo por una de las solapas del uniforme. Miguel giró sobre su pie izquierdo y se dejó caer de espalda catapultando al contrincante sobre su cabeza. Aquello fue relampagueante, se le apoltronó en la cintura, liándole los pies con los suyos y con los codos inmovilizándole los brazos en lo que le apretaba y le apretaba la garganta con la solapas como en lazo sin nudo. El contrincante intentó levantarlo en unos intentos inútiles porque hacerlo apretaba más sus propias telas a mitad de la garganta. Hicieron casi un círculo en el intento se zafarse el derribado. Después de poco tiempo, se vio la mano de uno de los árbitros

levantar el brazo de Miguel quien lucía con la camisa abierta y gozoso.

Hizo las reverencias de salida y buscó los ojos de su padre que seguía de pie aplaudiendo y lanzando unos gritos de alegría de los que ella no le cría capaz.

Su padre la abrazó y al levantarla del suelo, en su alegría ella le vio los ojos con lágrimas. ¿Cuál hubiese sido la reacción de su madre en un momento como el que ella vivía con su padre? Juliana no quiso ni imaginarlo.

Una familia se debe apoyar en las buenas y en las malas, se dijo por dentro en esa terca obsesión de que ella, sus hermanas y el hermano junto con los padres fueran una familia no un grupo con intereses distintos viviendo bajo un techo.

La próxima pareja de combatientes obligó a un silencio que se prolongó porque los árbitros no daban la señal.

Antonio que era uno de los combatientes permanecía inmóvil en su extremo; los puños rematando unos brazos paralelos al cuerpo y en evidente tensión. Miraba al vacío como abstraído de todo lo que no fuera la pelea.

Un movimiento de mano inició las acciones. El contrincante se agachó frente a Antonio que hizo lo mismo y empezó el atenazarse por ver quien atrapaba a quien. Un barrido inesperado hizo caer al contrincante al suelo, pero no fue posible atraparlo. Antonio lo intentó; pero en una vuelta ágil ya estaban frente a frente en acción similar a la anterior: atenazándose. Los árbitros se movían con los gladiadores, procurando la justicia en la puntuación del combate.

En un riesgo que le pudo costar todo Antonio se abalanzó a las piernas de su oponente y lo levantó en vilo, Este quiso sujetarlo por el cuello, pero sin éxito porque el envión no le dejó estabilidad y fue a caer de espaldas con el cuerpo de Antonio encima trepándole de una manera tal que sus pies estaban ahora lazándole el pecho y con el brazo izquierdo retorcido extrañamente. Desde la posición en cuclillas que se encontraba Miguel, se irguió aplaudiendo la maniobra de su amigo. Menos de un minuto duró la torsión y el arbitro principal declaraba a Antonio ganador. Este hizo el ritual del saludo y se adelantó a abrazar al contrincante que daba muestras de dolor y se palpaba la articulación del brazo, presionando con las puntas de los dedos y moviendo la articulación de un lado a otro.

Juliana quiso saltar hasta donde Antonio y abrazarlo tan fuerte que no fuese necesario decirle su alegría, pero se contuvo ahí estaba su padre quien de seguro advertiría que esa efusividad obedecía a algo más que una simple alegría por el triunfo del amigo de su hermano.

¿Qué pensaría su padre si se enterara de que estaba enamorada y se lo guardaba en secreto? Seguramente se reiría con picardía y le jugaría una de esas bromas que la hacían pensar que para su padre ella era una niñita de meses.

Se limitó a aplaudir y a mirar alternadamente a su padre y al triunfador, a su triunfador.

Ella era parte de ese triunfo, lo había conminado so pena de ...¿ de qué?. Ella no le completó la frase ese día en la casa. Él le aseguró, hasta cierto punto, que ganaría y había cumplido.

Antonio no sólo había ganado en esa competencia, había reconfirmado el interés de Juliana quien pensaba ahora que si lo llegaba a querer sería un amor hecho de fe y confianza, de denota entrega y comunicación ininterrumpida.

Al finalizar el evento, se reunieron para festejar en Maniquí. Este era un lugar tranquilo y poco ruidoso.

En el trayecto y en buena parte del encuentro sólo se habló de la competencia: su padre preguntaba detalles que a ella le revelaban un conocedor de todo aquello. Ella se conformaba en escuchar y asentir. Antonio era el que hablaba menos y la miraba más; parecía que tramaba algo que ella no atinaba a adivinar. Estaban sentados en una mesa cuadrada sin mantel pero con un dibujo colorido como adorno. Su padre comenzó a comentar algo a Miguel en un todo muy bajo. Momentáneamente como excluidos Antonio aprovechó para decirle:

– *Me debes algo, por haber ganado la pelea.*

Ella se sonrojó y no supo qué contestar. Él volvió a la carga no como el hombre tímido que había dejado ver casi siempre sino como un ser interesado en lo que quería.

– *No puedes negarte, me debes y la honestidad manda que me pagues* -le dijo mirándola fijamente a los ojos.

Ella le mantuvo la mirada olvidándose de donde y con quiénes estaban. Hasta ahora se había mentido en algunas cosas sustanciales. No cabía dudas de que Antonio no podía ser ese amigo con el que convergía en la verdad-como lo había leido-un amigo con el que llegar a unas conclusiones no fuera sinónimo de renuncia de la visión

personal. Antonio la desbordaba y con él ella intuía que podría hacer la vida.

– *Mañana por la tarde, a las cuatro de la tarde, quiero que nos juntemos aquí mismo ¿puedes?* Le dijo sin quitarle la mirada de la cara.

– *¿Cómo?* dijo ella extrañada.

– *Que mañana a las cuatro te espero aquí* -volvió a repetir.

– *Te confirmo* -dijo ella

– *Te espero* -dijo él.

ATARÉO Y TAREA

Lo académico la traía de mal humor, debía escribir dos ensayos a los que les había dado largas y ahora estaba en los límites del tiempo de entrega. No hacía empatía con ese profesor que comentaba sus rigideces en la calificación y con quien era casi un milagro llegar a un sobresaliente.

Repasó las ideas subrayadas, en el libro que debía tomar de punto de partida, sin lograr el arranque que le permitiera hacer algo medianamente descente. Se distrajo con un afiche que tenía colgado frente a la mesa en que estudiaba y cayó en la cuenta que estaba perdiendo los colores. Hasta la victoria siempre siempre rezaba el pie de foto en que se veía al Che Guevara junto a Fidel. Había logrado mantener ese afiche pese a la protesta de su madre que veía en estos personajes el vivo retrato de Lucifer.

No valieron los alegatos de la vocación de servicio, del sacrificio y la entrega a la humanidad que habían tenido los personajes del afiche; sencillamente, eran dos comunistas y en el comunismo Dios no está presente.

Aquel afiche era uno de los logros que ella podía atribuirse, pese al permanente

cantaleteo de su madre. Ese, quizas insignificante gesto evaluado como terquedad y mal gusto, por su madre era un claro grito de libertad personal.

Dejó el libro marcado con una hoja de cuaderno garabateada y empezó a decidir si acudiría a la cita con Antonio. Aquel no era su mejor día, estaba urgida por los trabajos que debía entregar, y eso no le daba la claridad que necesitaba para controlar sus impulsos y hacer que la razón estuviera por encima de la pasión.

Vicky le había advertido en las cartas que sufriría y eso era a lo que ella le huía. Era suficiente el calvario de su casa que al parecer sufría ella solamente

Rehizo el momento en que Antonio la citó y eso fue suficiente para deslizarse por una pendiente placentera que, si bien le alejaba de la tarea académica, le eliminaba el mal humor y la llevaba a soñar.

Consultó la hora el teléfono móvil y supo que de acudir a la cita tendría que pretextar algo con sus compañeros con quienes se juntaba como a un pase de revista del fin de semana. El no asistir, podría significar una llamada o una visita inesperada que ahora complicaría las cosas. Ella no iba a decirle nada de Antonio a su madre y menos a su grupo. En realidad, era un encuentro, un primer encuentro en el que ella no sabía qué iba a suceder y menos sí un ser extraño como Antonio le hablaría de Judo o de anémoras.

No podía publicitar el encuentro porque aquello sería admitir que estaba enamorada del amigo de su hermano.

Sopesó las decisiones y llamó a Anabelle para decirle que iba a esconderse de todos para ver si podía hacer algo en los trabajos pendientes.

Fue inútil el interés en ayudarla que manifestó la amiga, ella insistió en que necesitaba la soledad y el aislamiento para no quedar mal con ese profesor que privaba en malón. Finalmente, la amiga desistió de la ayuda no sin antes informarle que ellos estarían en el lugar de siempre por si ella cambiaba de opinión.

En su casa la ausencia no se iba a notar, ella saldría con sus libros a estudiar como un día cualquiera.

¿Qué ropa se pondría para el encuentro? Esa fue la preocupación del momento. No debía ser muy llamativa para no despertar sospechas, pero tampoco debía parecer un espantapájaros.

Se juntarían en un lugar público y debía estar a la altura del lugar. El hecho de verse en Maniquí le daba cierta seguridad de que el trato de Antonio sería respetuoso.

La cuestión estaba clara, iría al encuentro y se aclararía ese mundo revuelto que traía a lo interior y cuya manifestación más explosiva había sido el día anterior.

Tenía miedo de lo que podría pasar pero su padre le había inculcado que los miedos eran inseguridades tontas que una vez enfrentados se volvían nada.

Ante la imposibilidad de volver a concentrarse en lo académico, optó por recostarse atravezada en la cama mirando a la pared y con los zapatos puestos.

Puso los brazos bajo la cabeza que ladeó hacía la izquierda. Sin pretenderlo le arroparon los olores de Antonio y su sonrisa tímida aunque a decir verdad él había dado muestras fehacientes de ser arriesgado. Ella esperaba la hora para juntarse con él quien había aprovechado el aparte en la conversación entre su padre y su hermano para citarla.

Ahora sentía un deseo en suspenso, una agonía dulce que le resecaba la boca como un viento del sur. Sentía que algo inesperado iba a pasar porque su corazón así se lo advertía y para ella esa advertencia tenía carácter de certeza.

Respiró muy profundo al sentir el hincón de una punzada en el pecho, aquello era un dolor intenso que se le fue pasando muy lentamente.

Quiso dormitar un rato porque quizás eso le devolvía el aplomo que quería exhibir cuando se juntara con Antonio. Intentó poner los pensamientos en la acción de un descanso y recurrió, en vano, a la relajación.

No podía, en verdad no podía tranquilizarse. La invadian sentimientos encontrados que la descomponían por dentro. Había tenido que mentirle a Anabelle sobre los motivos de su no presencia; no le había dicho nada a su padre quien era su verdadero confidente, no había comentado nada.

Cambió de posición en la cama y ahora miraba el techo blanco solo interrumpido por el bronce de una lámpara que colgaba al centro.

Al ritmo que iba no podía seguir y se sintió culpable de lo presente, no había controlado sus emociones a sabiendas de que no tenía equipaje para un dolor nuevo y menos

si este venía de una traición de amor, de una mentira premeditada entre las telarañas del interés personal.

Se quedó dormida en un sueño inquieto que la hacía cambiar de posiciones constantemente.

Soñó que se casaba con Antonio en una ceremonia en donde estaban todos sus familiares y amigos con una alegría indescriptible y su madre estaba molesta y en evidente actitud de no disfrutar.

Antonio vestía un traje negro de rayitas diminutas y brillantes a la luz de la iglesia. Al fondo el padre Martín la esperaba con una capa plubial que le llegaba a los tobillos y esa sonrisa afable que le caracterizaba.

Ella iba vaporosa con un vestido blanco de aplicaciones rosado claro que tachonaban el cuello en V hermoseado por un collar de perlas que la volvía divina.

Su padre caminaba sin ánimo de llegar al altar, quería exibirla en la magnificencia que transpiraba. Su padre, al caminar, miraba a ámbos lados saludando con el guiño de un ojo o con esa sonrisa de alegría que a ella le hacía decir que su padre era hermoso.

Antonio estaba con las manos anudadas y evidentemente nerviosas. No se reía como ella hubiera querido verlo aunque los ojos le brillaban como próximo al llanto.

Arribó el cortejo al pie del altar y su padre la entregó a su futuro esposo para colocarse a un lado.

Sobresaltada se incorporó de un salto y vió que todo no era más que un sueño, que pese a lo real de todo era un sueño.

Antonio y ella nisiquiera habían tenido una conversación extendida, era hoy la primera vez que se iban a ver sin terceros. Ambos sentian una atracción que era evidente pero de ahí no pasaba el hecho.

Juliana consultó la hora y constató que se había dormido por un largo rato y que debía ir haciéndo los preparativos para el encuentro con Antonio.

Se recogió el pelo haciéndose una cola y esto le resaltó los contornos de unas cejas negras que orillaban unos ojos sin pintura; metió su estuche de cosméticos y su monedero en la cartera de diario y se dispuso a vestirse para salir.

Cuando soñó su boda con Antonio, no vió ningún familiar de éste en el evento. En la vida real no conocía nada de la familia de Antonio, ellos no habían ido a la competencia, su hermano no había hecho ningun comentario al respecto.¿Qué pasaba con la familia del amigo de su hermano?.

Ese era un buen tema para abordar en el encuentro de ese día y ella sería la que lo plantearía. ¿Tenía hermanos o hermanas?¿Tendría madre y padre?¿Vivia él con ellos? Antonio era un total desconocido y ella ya se había casado con él en sueño e iba a un encuentro en el que no sabía qué podría pasar. Se gustaban sin haberselo dicho y cuando eso ocurre los duendes del amor emboscan en los trechos menos esperados.

Salió de la casa, como otras veces aunque al cerrar la puerta sintió un escalofrío que le cubrió el cuerpo. Sabía que era de miedo.

Llegó puntual y con pasos lentos y él salió a encontrarla con evidente muestra de alegría.

Cuando ella lo vió se le crisparon los músculos de la cara e intentó sacar una sonrisa para parecerse a él.

– *Te agradezco y me alegra el que vinieras* -le dijo franqueándola a la derecha y permitiendole que fuera unos pasos más adelantados que él. Ella no dijo nada y su respuesta fue mirarlo con menos tensión que con la que lo había saludado.

– *Estoy sentado en aquella mesa; si no te gusta nos cambiamos a otra* -volvió él a hablar y ella a responderle con un levantamiento de ámbos hombros como señal de que no le importaba.

Ella se acomodó y colocó su cartera en una tercera silla que estaba próxima.

Respiró muy profundo y lo miró de nuevo, ahí estaba él mirandola como embelezado. Esa mirada la descontrolaba, le hacía sentirse acogida como en una atmósfera de sueños. Pero debía asumir los controles que había ensayado en el trayecto y cortó en dos mitades el silencio con una pregunta directa.

– *¿Por qué me miras así?* le dijo.

– *¿Cómo?* -dijo él haciéndose el ingenuo pero sabiendo exactamente lo que ella decía.

– *Me miras como si yo fuera una extraterrestre.*

– *Cuidado si el extraterrestre para ti soy yo* -le respondió entre risas.

Un color caramelo tiñó el cristal del ventanal próximo a donde la pareja conversaba y una magia de intimidad comenzó a invadir el entorno.

– *¿Qué quieres de tomar?* Le preguntó Antonio.

– *Una piña colada sin alcohol* -respondió Juliana en un tono que a él le pareció distinto.

– *¿Cómo estan por tu casa?*

– *Yo los dejé bien hace un momento* -le contestó al mientras sopesaba sí esa era la oportunidad de indagar sobre la vida familiar de Antonio. Desistió en procura de un momento más íntimo quizas, de un momento en donde él no viera sus preguntas como una réplica de las que él le hacía.

Se volvieron a encontrar en la mirada y otra vez sucedió que ella no renunció a mirarlo.

Él se fue transformando en la expresión y su sonrisa devino en una boca semiabierta sin expresión alguna, el arco de sus cejas dejó el paso a unos ojos brillosos e inmensos.

– *¡Piña colada sin alcohol* -interrumpió un mocetón de corbatín negro y camisa blanca.

Antonio aprovechó para ordenar otra bebida de la que consumía ya.

Ella sorbió un trago pequeño para hidratarse la garganta que la sentía seca.

–*No creo que debamos hacer de este encuentro un espacio de simulaciones y niñadas. Somos dos personas que*

pretenden ser adultas y responsables con el control de sus vidas y de sus emociones -comenzó diciendo Antonio en un tono adusto y decidido.

–*No creo en esas artimañas de los hombres que tienen que cortejar con falsedades a la mujer que le interesa y se vuelven payasos estúpidos o monos de circo que saltan y hacen moriquetas para llamar la atención. Está claro que estoy interesado en tí* -dijo haciéndo una breve pausa para continuar.

–*He calculado los pro y los contras, lo que supone para tí todo esto y a lo que me arriesgo con tu hermano, con tu hermana, con tu padre y sobre todo con tu madre. Me Interesas tú por encima hasta de mí mismo. Me importas tú y asumo riesgos y consecuencias. Quiero luchar en la vida estando al lado tuyo.* Antonio la miró ahora buscando la respuesta en alguna reacción de su rostro, en alguna afirmación monosilábica que le confirmara que lo que había visto y sentido era verdad, no un pasatiempo de coquetería o unos ejercicios de seducción barata.

A Juliana le abandonaron las fuerzas, no tuvo energías para decir que sí, que ella estaba dispuesta a jugarse la vida con él, que lo pensaba como tabla de salvación a esa vida azarosa que llevaba con una madre fanática y fundamentalista y un padre que no asumía el rol que ella estimaba debía asumirse en una estructura familiar como la de ella. Antonio le sujetó la mano izquierda por debajo de la mesa. Las de él eran manos de cíclope y ásperas que aprisionaron con una ternura acariciante las manitas de muñeca que su madre decía que ella tenía. Quiso resistirse al detalle más por temor al ambiente que por algún

rechazo, pero Antonio entrelazó sus dedos con los de ella y continuó mirándola muy fijo. Juliana supo que cuando el corazón reclama todo obstáculo es salvado. Estaba en las manos de Antonio y eso le gustaba, cómo le había gustado esa declaración de principios para decirle su interés por ella. Bajó la mirada para ocultar la momentánea vergüenza que sentía de estar agarrada de manos con un casi extraño.

La sobrecogió una sensación de abandono y de felicidad que no había experimentado antes y sin querer se les llenaron los ojos de unas lágrimas gruesas que salían tranquilas y como a borbotones llenándole la cara de ese sabor salobre. Él la secó a pequeños golpecitos con una servilleta de las que le habían puesto.

Finalmente se le acercó muy lento y la besó en la frente. Aquel fue un gesto tan tierno que ella no se contuvo y dijo:

– *Gracias Antonio, será lo que tú quieras.*

La tarde se hizo noche de silencios, de serenas confesiones y temores. Ella no se acordó de Vicky ni de nadie y descubrió que la felicidad era ese instante que ahora vivía.

TERRITORIOS DE ASOMBRO

Al llegar a su casa no le apeteció cenar y se cerró en su habitación, no podía creer que era verdad lo que le había ocurrido. Organizó cada evento desde el primer contacto que tuvo con Antonio y se le ocurría creer que todo había sido muy rápido, demasiado atropellado y fuera de lo habitual.

Su madre tocó en la puerta para preguntarle si se sentía mal a lo que ella respondió que no. ¿Qué extrañeza, su madre preocupándose por ella? En verdad estaban ocurriendo cosas inexplicables en su vida.

Pensó en llamar a sus amigas y compartir el suceso, pero tendría que dar explicaciones a hechos que ella misma no tenía muy claros.

No podía alegar un amor a primera vista porque Antonio no era un recién llegado al núcleo familiar, era amigo de Miguel.

No podía argumentar que se habian ido conociendo gradualmente y que en ese proceso les había sorprendido un interés mas profundo. Prefirió dejar la información para más adelante y aclararse esos abismos insondables que eran para ella las emociones.

¿Qué pasaría con su padre y su hermana y su madre cuando se enteraran del hecho?

¿Se asombrarian de lo guardado y secreto en que Antonio y ella habían seguido el proceso de enamoramiento?

Se le marcó una sonrisa en solo pensar el espanto de su padre al recibir la noticia.

Su hermano sería el más sorprendido ya que evaluaba a su amigo como poco diestro en el manejo del sexo opuesto.

¿Cómo se manejaría ella en presencia de todos cuando su hombre llegara en busca de Miguel, como lo hacía tres tardes por semana,?

Sin procurarlo comenzó a sentir una preocupación que le llevó a cambiar de posición en la cama porque le faltaba el aire. Así la sorprendió el sueño que la mantuvo inquieta más allá de la media noche cuando sobresaltada se sentó en el borde de la cama para saber que ya era otro día y que su obligación académica no estaba terminada todavía.

Se levantó y cambió su atuendo por unos pantaloncitos cortos muy holgados y una franela sin mangas. Se sujetó el pelo con una liga engomada a la que dió dos vueltas para apretar mejor el pelo en cola y se dispuso a trabajar sobre su tarea pendiente.

El tema no revestía grandes complejidades pero ella no atinaba a encontrar un filón que la llevara al número de páginas que el profesor quería.

Empezó distinguiendo los conceptos banda y tribu para resaltar el parentesco que prima en las bandas. Ahí se

permitió un largo excurso donde hizo ver que la familiaridad no era tan sólo consanguinea, que se daban, en este tipo de asociación, unos lazos que podian ser más fuertes que los que da la sangre.Ella ejemplificó ampliamente el fenómeno actual de Las naciones como bandas especiales que copaban la geografía de la pobreza y que estaban conformando un entramado, para el mal, de características catastróficas.

Al momento de escribir las conclusiones de su primer trabajo, consultó el reloj y se dió cuenta de que faltaban unas dos horas para que amaneciera y dudó en si acostarse o seguir trabajando en la segunda asignación.

Prefirió lo primero y recurrió a los eventos con Antonio preguntándose si todo aquello había sido verdad. En la semana, volvieron a juntarse por dos veces en donde ella aprovechó para saber de la familia de él. Lo interrogó en lo más mínimo y el resultado fue admirarlo más por la valentía que suponía vivir prácticamente solo, habidas cuentas de que prefería estudiar y practicar el judo sanamente y no vivir la agitación de New York donde recidían sus padres y hermanos desde hacía cinco años.

En los encuentros ella había accedido a dejarse tomar de la mano y nada más. Esquivó el intento de caricia por los bordes de sus labios, se mantuvo a distancia de su cuerpo que lo sentía como imán. Cuando notificaran a la familia la incipiente relación ella accedería a los tratos de dos personas que quieren una relación duradera; mientras tanto había que ser prudente.

Antonio no dijo nada ni reprochó las negativas. El sabía la rutina de los viernes por la noche en casa de Miguel; sabía

que su padre llegaría más temprano esa semana como de hecho fue.

Antes de terminar la cena, el timbre de la casa sonó con dos toques muy cortos y su hermana que era la más próxima a la puerta se levantó para abrir no sin antes mostrar cierta extrañeza. ¿Quién se le ocurriría visitar a esa hora?

– *Buenas noches Natacha* -se escuchó fuerte y claro en el comedor.

– *Buenas noches Antonio, ven pasa que estamos terminando de cenar* -dijo Natacha invitándolo a seguirla. Él era un conocido y los protocolos de su madre no se afectarían con él.

Juliana se quedó de piedra, no continuó comiendo y la invadió un sudor fino que le empaparon las manos. Ellos no habían convenido en que él notificara nada a su familia y él no podía hacerle eso.

Los presentes saludaron con gestos y expresiones muy cortas la presencia de Antonio, quien fue a sentarse en una silla vacía que había al lado de Juliana.

– *Come algo muchacho* -dijo el padre en tono de confianza.

– *No gracias, ya cené y no acostumbro a hacerlo dos veces.*

– *Entonces tómate un juguito de naranja, es de naranjas naturales recién exprimidas, no de caja.*

– *Eso sí* -dijo él arrimandose un poco más a la mesa.

Juliana seguía sin decir nada,asustada y temblorosa.

– *¿Cómo van los entrenamientos* -dijo el padre que pareciera el único con ganas de hablar.

– *Van bien* -dijo Antonio mientras volvía la mirada a Juliana, quien se mostraba tranquilamente inquieta.

Antonio volvió a tomar la palabra, luego de un sorbo largo del jugo que le habían servido.

– *Qué bueno el que estemos todos aquí, porque Juliana y yo queremos notificarles que hemos decidido iniciar un noviazgo.*

Se miraron sorprendidos y miraron a Juliana que ahora tenía los ojos entre las manos y anudaba la servilleta.

– *Ella no me ha autorizado a esta conversación pero no quiero que el dato llegue por boca de otros. Espero que ustedes nos ayuden a comprendernos y a soltear las dificultades.*

Hubo un silencio que pareció eterno y Antonio le tomó la mano a Juliana, a lo cual no se resistió.

La mano de Antonio era un escudo inexpugnable contra lo que viniera. Era un lazo que les ataba con fuerza.

Los padres se miraron y como era de esperarse, la madre intervino.

– *Entraste a mi casa y descubrí en ti a un muchacho bueno. Miguel dice lo mismo y creo que los otros piensan igual. Julianita es una niña que debe dedicarse a sus estudios sin nada que le interfiera* -aquí hizo una parada para confirmar su afirmación en los ojos de todos los

presentes. La mano de Antonio apretó la de Juliana con fuerza y ella contuvo la repiración.

– *Sin embargo, ella es grandecita y es quien debe tomar sus decisiones.*

– *Creo* -dijo el padre cortando cualquier otra posible intervención de la madre- *que sabes las reglas de juego de esta casa. Me alegra el que hayas tenido el detalle de avisarnos. Deben mantener el respeto a ustedes, a nosotros y a esta casa. Respeto es la palabra, respeto.*

Antonio miró a Juliana que había recobrado un poco el color y sudaba menos.

– *Lo tenían calladito* -dijo Miguel en tono de chanza, lo que surtió un efecto destensante, ya que ahí comenzaron las bromas.

– *Bueno* -dijo el padre- *dejemos a los novios que quieren hablar sus cosas.*

– *No, antes de levantarnos quiero hacer una oración por ellos* -dijo la madre.

El padre sonrió al tiempo que miraba a su hija con un brillo en los ojos que no conocía.

– *Señor* -comenzó la madre- t*ú que eres fuente de amor guía a estos dos hijos tuyo por el buen camino. Que sean ejemplo vivo de tu reino, amén.*

Amén dijeron todos.

Se fueron a la sala y ella no dejaba de reírse.

CAMINOS DE INCERTIDUMBRES

Se resignó a no violentar los cerrojos de la intimidad ajena con la esperanza de que aquello fuera algo pasajero y que todo volviera a esa especial normalidad en que se sobrevivía en la casa.

Juliana no entendía el hecho de que su madre no se percatara de la actitud nueva de su hermana y siguiera en sus mundos teológicos

Ahora de sinópticos y apócrifos, de las lógias de Jesús y de la variedad Galilea del arameo occidental como la lengua que habló el Maestro. Su madre vivía para el mundo que había creado y no le importaba nada más.

Juliana pensó que su padre era coresponsable de la situación hogareña, le había faltado la autoridad suficiente para poner las cosas en orden comenzando por la madre.

Antonio no lucía como su padre, lo sabía un hombre de decisiones y con una cierta peligrosidad por el autoritarismo. No es que ella lo hubiera padecido pero lo intuía en los simples,breves y casi cortantes mandatos fueran esto al camarero de una cafetería o a ella misma. Antonio no era como su padre quien había ido

cediendo terreno en el control de la casa y ahora aquello no se sabía si era un dormitorio con comida dirigido por una fanática religiosa o un hogar.

Su padre no vivía el agobio cotidiano de los señalamientos exclusivamente negativos. No vivía las recientes advertencias y peroratas sobre la castidad femenina y la decencia que debía exhibir toda hija de Dios. Hubo momentos en que Juliana pensó que su madre tenía ciertas fobias al contacto hombre-mujer.

Lo sentía así, pero ella era una viviente contradicción, si su madre era sexofóbica tenía que haber llegado ahí luego de tres partos. Lo cierto es que poco faltó para que la sometieran a pruebas medievales de virginidad. Desde que Juliana tenía amores con Antonio, su madre no cesaba de insistir en que era pecado el sexo fuera del matrimonio religioso, que era mejor casarse que abrazarse según decía el evangelio.

Una tarde en un extrañisimo gesto de proximidad su madre entró a la habitación y comenzó a hablar con ella de sus preocupaciones familiares. Se focalizó en que ella tenía la ilusión de llevarla al altar con un vestido blanco que fuera señal y símbolo de la pureza interior y exterior. Le pidió que le concediera la gracia de entregarla pura en el altar. Fue tal la insistencia en el punto que Juliana la abordó con una pregunta que la sacó de balance.

– *¿Tú dudas que yo sea virgen, verdad?*

– *Yo, yo, yo no dudududo eso* -dijo en un tartamudeo asustado que decía que estaba en aprietos.

Juliana entendió que era el momento de poner ciertos límites y continuó.

– *Mira mami, ya soy una persona no tan ingenua como tú crees; estoy en la universidad no en pre-escolar. ¿Has caído en la cuenta de eso?*

Su madre cambió de posición en el sentarse y el labio inferior le tembló un poco. Juliana continuó.

– *Probablemente no tenga la madurez que debería tener porque eso supone el diálogo y el acompañamiento de unos padres que yo no he tenido pero...*

– *Espérate, espérate un momentito Juliana* -interrumpió la madre- *¿cómo que tú no has tenido?*

– *Que no he tenido, mami, no los he tenido* -insitió ella.

Hubo un silencio expectante en el que la madre esperó el que la hija continuara. En el compás de espera Juliana concluyó que había que jugarse el todo por el todo y sacarse las espinas del alma que la crucificaban siempre en esa casa que no era un hogar y en esa familia que iba a la deriva.

– *Entiendo el que tu interés por mí ahora sea el que no te deshonrre con un embarazo o un aborto. Pero me gustaría que el interés girara hacia mi felicidad, hacia la preparación para ser una buena profesional y una mujer feliz. Mi problema no es la virginidad ni la pureza; mi problema es la felicidad, poder compartir con un hombre que sea mi apoyo y mi confidente y yo sea su apoyo y su confidente. No quiero un hombre que llegue a casa y se*

siente a ver televisión y yo por otro lado escribiendo en una libreta que Joachim Jeremias en la Teologia del Nuevo Testamento habló de la predicación de Jesús. Quiero un compañero no un proveedor insatisfecho.

La madre seguía en silencio, escuchando en un estado de sorpresa que le impedía hablar.

Juliana volvió a hacer silencio y descubrió que su madre quería escapar del fuego cruzado que significaban las verdades.

–*Julianita* -dijo finalmente- *aquí en esta casa no hay la situación que tú crees, te estás dejando tentar por el maligno que pone ira en tus palabra y te hace desobedecer a tus padres. Aquí todos buscamos vivir bien en paz y en santa armonía. No veo ese desastre que tú narras y deberías darle gracias a Dios de mi preocupación por tu alma. El cuerpo perece, pero el alma dura por la eternidad. Este mundo es un valle de lágrimas de felicidades falsas, procuro la felicidad eterna. Yo creo que no estás bien de la cabeza, tienes odio en tu corazón y eso es muy malo.*

Juliana miró a su madre que ya estaba de pie junto a la puerta. La miró con una mezcla de rabia y lástima. Sabía que ella iba por un camino sin regreso en donde las medidas eran el pecado y el infierno, la eternidad y ser santo. Sabía que eso no iba a cambiar y que sólo una vida distinta fuera de esas fronteras podría realmente salvarla.

PAMADRE

La conversación con su madre le había dejado la experiencia de que todo era imposible en el entendimiento de ambas. El progreso hacia un fundamentalismo religioso que su madre experimentaba la había alejado de la realidad y percibía maldad en todo. Ella no había sentido el fenómeno en sus reales proporciones hasta ahora en que iniciaba una relación, casi angelical, con el amigo de su hermano. ¿Cómo había sido posible todo aquello? ¿En qué momento se voló el cerrojo de la racionalidad de aquella cabeza llamada a ser timonel familiar? Ella no lo recordaba quizás porque había sido un proceso gradual, un subterfugio de la soledad a que se veía sometida por las ausencias del esposo cuyos trabajos le habian alejado a diferentes geografías por períodos cortos. Esto no dejaba que ellos le siguieran en el peregrinar.Quizás esas soledades habian hecho de su madre la mujer que era y si era así el padre era el culpable. Había pensado en culpable y eso la sobresaltó, ya estaba utilizando las valoraciones personales de su madre, ¿se estaba pareciéndo a ella?

Hizo poco caso al detalle y siguió hurgando en las posibles razones del deterioro mental que ella creía ver en su madre.

Su padre era, sin duda, parte del problema quizás por ese modo sumiso y contemporizador, por esa tácita filosofia de no violencia pero inactiva. El había sido para ella su fuente de ternura, su confidente y apoyo durante todo el tiempo. El había fungido como mamá y papá, involucrándose en consejerías que debía hacer una mujer por razones de género.

Ella había padecido el abandono afectivo de su madre con un poco más de suerte que su hermana quien pasaba por un mal momento; su padre había suplido alguna que otra deficiencia.¿Era aquello lo correcto? ¿Debía un hombre replegarse de ese modo en las directices de un hogar y dejar que la otra parte descuide su deber hasta el olvido?

Eso no era correcto ni justo ni conveniente, su padre era un hombre débil de carácter a quien le había faltado pantalones para poner a su madre en el lugar que debía ocupar. Eso había que decirselo de alguna manera y quizás el panorama cambiaba para mejor. Clarificar situaciones parecería que era una nueva misión que la vida le asignaba. Sus hermanos habían preferido la solución del avestruz y escondían sus problemas y sentires en los huecos de una presencia silenciosa, en acatar los más descabellados y caprichos de una madre esporádica. Sus hermanos no tenían el valor de sentarse con su padre y decirle lo que pensaban del infierno que era la casa.

Era a ella a quien le tocaba comenzar a desbrozar las malezas de la indiferencia paterna pese a cualquier resquebrajamiento en unas buenas relaciones como la de ella y su padre.

Comenzó a hurdir el plan del abordaje y rogó a Dios que no tuviera esos tintes violentos e hiriente que creyó tuvo la conversación con la madre. Su padre era más dialogante y eso le aseguraba otros resultados aunque unas verdades dichas a quema ropa podrían provocar reacciones imprevisibles. De todos modos había que tomar el toro por los cuernos so pena de que su madre la siguiera demonizando y controlando su relación con Antonio para que los demonios de la lujuria no fueran a conquistarla y perdiera la virginidad física en un lance de infernales pecados. Tenía que frenar la situación y su padre tenía que asumir la cordura lo más pronto posible.

Juliana pensó en hablar con sus hermanos para que con su presencia le sirvieran de apoyo en un encuentro fuera de la casa. Se vió tentada a hablar con Miguel, pero le fue imposible dado los horarios de ámbos. Cuando lo intentó con su hermana no pudo ser posible aquella era un cuerpo sin vida, un abandono que hablaba, un fantasma a quien le habían secuestrado el alma. Su hermana le dió lástima y no quiso importunarla con algo que exigía atención.

Quizas debía compartir su intención con Antonio, para algo eran novios. Lo pensó en unos pro raquiticos y unos contras numerosos y justificó la negativa en lo reciente de la relación, sencillamente no debía.

Antonio podía ser todo lo comprensivo y distinto de su hermano y su padre pero el hecho de lidiar con problemas familiares tan complejos podía desentusiasmarlo y reconsiderar si valía la pena una relación en el seno de una familia en donde la madre era ausente y el padre un mapá

o papá y mamá al mismo tiempo. Podía evaluarla con una persona conflictiva que no guarda respeto ni a su padre al que conmina para que asuma lo que ella estima que debe asumir.

No debía involucrar a su novio en esos conflictos familiares, por lo menos en lo inmediato.

El sábado por la mañana abordaría a su padre después del desayuno que era cuando él se quedaba leyendo la sección deportiva del periódico como una sobre mesa o como un modo de decir estoy presente en aquel hogar frío y ya un poco misterioso.

Ensayó las frases iniciales y se imagino la reacción paterna. Mantendría el periódico cerrado conservando la página entre los dos pulgares y mirándola por encima de diario con una de sus sonrrisas amorosas. Ella lo invitaría a su habitación en donde de seguro él se sentaría en la cama pegando las espaldas en el extremo alto de los límites.

Esta vez ella no se recostaría a su lado sino que le plantearía de inmediato sus percepciones y creencias. No le dejaría posponer el diálogo, sino que le exigiría acciones inmediatas porque así ella no podía seguir viviéndo. No estaba dispuesta a soportar las dudas y advertencias de una madre en franco deterioro mental ni la parsimonia evasiva de él.La hora de la palabra ahora era la hora de la acción, decía el padre Martín, y ella aplicaba ese principio por estimarlo válido. Su padre tenía que asumir, tenía que actuar con responsabilidad y detener el deterioro familiar.

Juliana siguió imaginando las posibles reacciones de su padre y ahora lo vió peinarse hacia atrás con la mano izquierda que era una de las muestras inequívocas de nerviosismo. Lo vió quedarse tranquilo, casi como ausente en una similitud con esos animales que fingen estar muertos para alejar al atacante. Ella sabía esos ardides, pero esta vez su padre tendía que responderle, llegar a unos acuerdos y hacer valer sus prerrogativas.

La decisión estaba tomada solo había que esperar como en un rito judío la llegada del sábado.

RUISEÑOR DE LA NOCHE

Antonio la sorprendió esa tarde-noche con unas rosas té y un disco de baladas famosas interpretadas al piano. Ambas cosas vinieron en una sola envoltura de papel transparente moteado de minúsculos corazoncitos rojos. Ella colocó las flores en la mesa de la sala donde podían verla en toda su belleza pese a estar sentados próximo al aparato de música donde ya sonaban las canciones.La madre había salido de la madriguera de su habitación para inspeccionar el ambiente y saludar a Antonio con ese ¡hola¡ desabrido y nada afectivo.

Sin proponérselo Juliana comenzó a tararear algunas melodías en un entusiasmo que ni ella misma se explicaba.

Una que otra vez encontró la mirada de Antonio absorta y en transito al deseo; lo descubrió tocándola muy suave la palma de las manos. A ella le gustaba aquello le proporcionaba unas sensaciones que variaban de canción a canción. Hubo un momento de quietud que él aprovechó para mesarle el cabello que le caía al cuello. Ella sintió un agradable latigazo que le herizó la piel. Antonio no se dió por enterado

y siguió ahora con leves masajes al centro de la cabeza. Juliana se agarrotó y un escalofrío le alborotó el deseo y se dispuso al beso. Antonio se aproximó tranquilo y con la mano izquierda le inclinó suavemente y su boca lamió el borde de sus labios. Ella paró el respiro y entrecerró los ojos.

Volvieron a mirarse sin palabras en ese reino nuevo de inconfesiones y pálpitos del alma.

– *No creo correcto el jueguito de ustedes* -dijo una voz que salía gangosa del pasillo adyacente a donde estaban los novios. La sorpresa los hizo dar un salto y recomponerse.

Aquello ya era el colmo de su madre. Se prestaba a expiarle y evaluar como inadecuada unas caricias sin consecuencias y un beso casto.

Ella sintió un acceso de ira que la obligaba a explotar pero se limitó a una sola expresión que partió la noche en mil pedazos.

– *Mamá ya está bueno, déjanos en paz.*

Antonio se quedó mudo sujetando por el antebrazo a una Juliana que poco le faltaba para agredir a su madre. A la sorpresa de una eclosión inesperada la madre optó por irse en lo inmediato. Ella empezó a llorar cubriéndose la cara y Antonio se limitó a darle palmaditas de consuelo por sobre el hombro derecho en un abrazo que intentaba calmarla.

Entre los sollozos del final, Antonio la oyó decir una expresión entre dientes que no entendió y como pensó que era algo que ella le pedía le dijo muy tiernamente.

– *¿Qué me decías amor?.*

Ella alzó la cara descompuesta y llorosa y volvió a repetir

– Esto tiene que parar, alguien tiene que hacer algo.

Antonio se limitó a oir ya que había sacado sus conclusiones respecto de la madre de Juliana. Él no quería irse y dejarla en aquel estado, pero con la promesa de que se acostaría tan pronto él se fuera asintió dejarla sin ser siquiera las nueve de la noche. Ella no hizo los rituales de siempre, sólo se quitó los zapatos y se tiró boca abajo en la cama. Al rehacer el impase con su madre volvió a llorar, ella la había avergonzado delante de su novio y para colmo había demonizado un gesto de ternura sin lascivia. Ellos eran novios oficiales, por así decirlo, y no había nada de malo en un beso aunque eso para su madre fuera un juego sexual que irremisiblemente concluía en la cama. Su madre estaba enferma y había que hacérselo saber antes de que hiciera sucumbir lo poco de racionalidad que quedaba en la casa.

Le consoló saber que al día siguiente era sábado y, tal como lo había planeado, iba a hablar con su padre seriamente.

Esa noche durmió poco, serían las cuatro menos cuarto cuando se rindió en un sueño agitado y tormentoso, de despertadas en sobresaltos y corazón tuntuneante. Al filo de las seis, ya estaba aséandose y repasando el modo en que abordaría a su padre. Tenía que convencerlo de que asumiera una posición más activa en la casa porque ya los límites se habían desbordado y su madre no andaba bien de la cabeza. El tiempo parecía no avanzar y en la consulta número cien mil de su reloj escucho una tos seca que conocía muy bien, era su padre que seguramente estaba en la cocina haciéndose el café. Juliana dudó si lo

abordaba en lo inmediato o esperaba, tal como lo había planeado, a que él se sentara a leer el periódico. Quizas si ella hacía algun ruido en su habitación él se animaría a saludarla, entrar y recostarse en la cama como otras veces. Encendió la radio que tenía en la mesita de cabecera y sintonizó la 102.9 que a esa hora temprana ponia música instrumental del mundo.Arregló su cama y vestida como estaba se acostó boca arriba con un libro que dejó abierto en su costado izquierdo en lo que se entretenía mirando al techo con una ausencia nerviosa y expectante.

Como lo pensó aconteció, su padre asomó la cara para saludarla y ella lo invitó a entrar.

– *Entra y ponle seguro a la puerta, que necesito hablar contigo* -le dijo, al tiempo que se sentaba en la cama.

– *¿Y por qué tanto misterio?* dijo el padre riendo sin sospechar lo de después.

– *¿Mami te dijo algo?*

– *¿Algo de qué muchachita?* dijo el padre todavía sin sospechar los remolinos interiores de Juliana, que ya presentaba los barruntos de un estado alterado.

– *¿Que no te dijo nada o me estás engañando?* Dijo seca y directa.

El padre comprendió que la cosa era en serio, por el tono de la última expresión y decidió enterarse.

– *¿Qué debía decirme tu madre?* Le preguntó al tiempo en que se sentaba en el borde de la cama muy próximo a donde Juliana con las piernas cruzadas estaba.

– *Mira papi, tú tienes que dejarte de comodidades y asumir tu rol en esta casa, las cosas no pueden seguir como van, Mami cada vez está más desquiciada y quienes pagamos somos nosotros que estamos todo el día con ella.*

Juliana se tomó un breve respiro y continuó.

– *Ella toma todas las decisiones, ordena y ejecuta lo que le viene en ganas y tiene esta casa en un régimen de terror. Ella vive metida en sus disparates de religión y descuida lo elemental y lo fundamental; ahí está tu otra hija con una depresión que la mantiene aislada de todo y metida en su cuarto y mami no se ha enterado. No se da cuenta que la pobre Natacha está en un mal momento y no quiere hablar con nadie, ni comer ni salir de su habitación. De eso ella no se puede dar cuenta porque está viendo pecados y diablos donde quiera. Ayer Antonio y yo estabamos escuchando música en el sofá y ella hizo un show como si estuvieramos en algo pecaminoso o haciéndo el amor en plena sala a la vista de todos. Me hizo pasar una vergüenza que yo no sé si Antonio volverá a esta casa. Ella está loca y quiere poner loco a todo el mundo y mientras tanto tú llegas, pasas día y medio y te vuelves al trabajo sin hacer nada.*

Juliana hablaba atropelladamente e iba subiendo de tono en la medida que se desahogaba. El padre la escuchaba sin decir palabras a lo que ella no sabía si obedecía a una tácita aceptación de lo que ella planteaba o era simplemente permitiéndole el desahogo.

– *Tienes que hacer algo o yo no sé qué va a pasar en esta casa. Nos estamos enfermando, hay que parar a Mami o terminaremos mal.*

Hubo un silencio que ella sintió una eternidad y entonces el padre dijo;

– *¿Quires que deje a tu madre, que me vaya de la casa? ¿Quieres que convierta esto en un pandemonio de pleitos permanentes?*

– *¿Sabes lo que he hecho en este tiempo? ¿Sabes la hiel que bebo, el dolor que me mata al ver que no hay posibilidad de entendimientos con tu madre?*

El padre la miró con ojos tristes y continuó

– *Me rompo las espaldas trabajando para que ustedes puedan tener lo indispensable, no es un lecho de rosas irse lunes o domingo por la tarde para volver los viernes a cualquier hora de la noche. Llegar a un cuarto de hotel barato para economizar, comer dos veces al día y padecer privaciones cada día. Se más de lo que te puedes imaginar del estado de tu madre y de sus fundamentalismos religiosos. Sigo con ella por ustedes y doy la vida por ustedes y de no ser por esto hace tiempo que yo tuviera otra vida porque la que llevo no es vida.*

Volvió a sentirse un silencio de culpas en aquel cuarto y Juliana vió a su padre al borde de las lágrimas. Pensó que sus exigencias, si bien podrían parecer justas, habían destapado el pasadizo de los sufrimientos de su padre. Lo veía como un mártir por causa de ella y sus hermanos no como el indiferente o ajeno a las desgracias y desaciertos de la madre.

Se le abrazó llorando y ámbos siguieron así por un buen rato. Eran dos ruiseñores en la noche, que cantaban aunados un lamento de impotencia.

CREPÚSCULO DE PROMESA

La conversación parecía una conspiración;,intercambiaban notas de sus libretas en un frenesí nervioso y risueño.

– *Yo me voy primero, trabajo y estudio y a los seis meses vuelvo y nos casamos.*

– *¿En seis meses?* dijo ella asustada.

– *En seis meses o antes, tenemos que salir de esta vorágine.*

Ella no dijo nada y le tomó las manos en un apretón fuerte. De todo lo planeado debían guardar estrícto silencio y así evitar lo que una desición de esta naturaleza implicaba.

Ellos harían algo sencillo y en estrictísima intimidad. Sus padres serían casi unos invitados con lo que se cortaba el tonto despilfarro y la apariencia estúpida. Ni con sus amigas ella debía hacer ningun comentario, debía soportar a su madre hasta la inmolación y no dar indicios de nada.

– *Y ¿cómo voy a saber de ti?* Dijo ella con la pena de la ausencia clavada en medio de la garganta.

– *Nos llamaremos y nos escribirenos siempre* -dijo Antonio procurando darle ánimo.

Aquel día fueron felices y soñaron con los hijos que tendrían, barajaron los nombres en donde hubo diferencias.

– *Yo prefiero que sea hembra de primero* -dijo él y ella hizo un gesto de desaprobación.

– *Será varón y se llamará Ricardo* -dijo ella enfática como su madre.

– *y Ricardo ¿por qué?*

– *Porque me gusta el nombre, habla de un hombre fuerte y decidido.*

– *Entonces ponle Sansón, que fue el más fuerte del mundo* -dijo él en evidente tono de broma.

– *¿Sansón? eso está próximo a sazón, a comida, a ajo y cebolla.*

Ambos se desternillaron de la risa y siguieron soñando su casa con cuadros y cortinas; con muebles funcionales que no exigieran demasiado cuido ya que no tendrían tanto tiempo para limpiezas y otras cosas.

Los hijos vendrían en el cuarto o quinto año de casados ya que había que terminar de estudiar y disfrutar un poco.

Al final del encuentro Juliana seguía con una alegría que la llevó a tararear una canción mientras tomaba el baño antes de acostarse.

Se soñó en la boda pero con un hombre que no era Antonio, le parecía un europeo nórdico por el pelo y los ojos.

En los planes de Antonio él se iría a New York, donde vivía su familia, tan pronto terminara el período académico al que le faltaban dos semanas. Pretextarían que él debía ocuparse, por un breve período, de unos negocios de bodega que tenía su padre y que tan pronto ordenara las cosas regresaría a seguir estudiando.

Cuando él lo comunicó a los padres de ella, la madre dió muestras de una alegría callada, aunque el padre le hizo las salvedades de cuidado porque había oído que New York seguía violento.

Al padre de Juliana le extrañó la tranquilidad de su hija, la vió como poco enamorada ya que sus manifestaciones no eran de dolor o abandono; antes bien de alegre resignación.

Justo el viernes 22 a las cuatro de la tarde Antonio se embarcó para el cumplimiento de la primera fase del plan.

A los cinco días de la ausencia llegó la primera carta

New York, primavera de flores

Señorita
Juliana Castillo
Santo domingo.

Amor mío, buenas noches.

Te escribo después de un día ajetreado y difícil; qué bueno sería estar al lado tuyo y contarte todo lo que he hecho hoy.

Debo decirte que abrí una cuenta para poner los ahorros y pequeñas entrada que tenga. Creo que me va a ir bien y que

todo lo planeado se va a consumar antes de lo esperado. Estuve hablando con mi papá quien quiere darme uno de los negocios como herencia anticipada para que me haga un hombre dice él.

Sabes que juntos podemos todo y que te quiero muuuuuuuuuuuuucho.

Siempre tuyo y hasta pronto

Yo

Ella leyó la carta una y otra vez queriendo adivinar lo que Antonio estaría haciendo en esos momentos.

Abrió su libreta de clases y en letras minúsculas comenzó a escribir

¿Cómo estás honey? Bien espero.

Ahora mismo me encuentro en clase de arte. Bueno, ya estoy aburrida. ¿Sabes? Ayer casi no puedo dormir pensando. Ya te digo que no es bueno pensar y menos si se piensa mucho.

Cielo quisíera que estuvieras aquí así pudieramos hablarnos y vernos cuando quisieramos en esos momentos cuando se quiere compartir una noticia triste o alegre... pero bueno. ¿qué vamos a hacer? Dicen que para tener una relación estable

hay que haber presencia para alimentar el amor pero no te apures yo te quiero como quiera. Ves, estoy asfixiadita.

Bueno, ruégale a Dios que todo salga bien y espero que podamos vernos pronto. Me haces mucha falta ¿sabes?

Bye

Abrazos.

Juliana

El escribirle había producido en Juliana una necesidad de Antonio que la llevó a tirarse boca abajo al entrar en su cuarto. No había enviado la carta anterior y decidió hacer otra y así desahogar la nostalgia que le quitaba fuerzas.

Amor

Aquí estoy una vez más, pues sola en mi cuarto, ya sabes.

Esta noche, muy tarde pienso, yo ¿sabes? Oigo esa canción la de White Lion ¿recuerdas? Bueno pues ¿qué te puedo decir? Las palabras se me pierden. Solo siento y quisiera que estuvieras conmigo. ¿Cómo mandarte una sensación por carta? ¿Cómo poner todo en palabras? Mi amor, no puedo, es como ver como la flor se abre o empieza a temblar cuando un ser querido te ama ¿Sabes qué es lo que digo?¿Te has sentido así?

En esta carta no te digo mucho aunque tengo qué decir.

Amor, tengo tantas ganas de ti, tengo sueños y esperanzas e ilusiones. No voy a tener miedo. Él nos va hacer el

milagro aunque, a veces es medio terco y caprichoso como yo. Sólo espero verte pronto

Te amo

Juliana

Terminada la carta la puso en un sobre y le estampó la dirección exactamente igual a como Antonio la había puesto en el remitente de su carta.

AROMAS DE ANGUSTIAS

Hacia una semana que habian hablado por teléfono en una conversación que se resolvió en preguntas sobre el estado de cada uno. No tuvieron oportunidad de decirse los vacíos del alma ni los estragos que a ella le causaba la ausencia.

Su madre nunca preguntaba por él pero con la llamada estuvo atenta de lo que se decían por teléfono. Mientras hablaron su madre se la había pasado buscando cosas y dando vueltas próximo a donde ella hablaba. No bien terminó la llamada su madre desapareció como por arte de magia. Lo que confortaba a Juliana, en el calvario cotidiano de soportar esa y otras anormalidades de su madrea , era que Antonio la mantenía al tanto del progreso de sus proyectos secretos y estos seguian realmente en secreto..

Decidió escribirle ya que había descubierto que en la escritura encontraba una forma de dialogar con ella misma y de darle menos carácter a la situación que vivía: Comenzó diciéndole

Querido amor

¿Cómo estás?

Antes de decirte nada solo quisiera empezar con un Te amo, me haces muchisima falta. No concibo la idea de que solo ha transcurrido una semana desde que hablamos por teléfono. El tiempo parece tan lento y al mismo tiempo tan rápido. Ya han pasado muchísimos dias desde que te fuíste. Todavía recuerdo cada momento, cada pensamiento, cada instante.

Releí tu última carta en donde mencionas a Alberto; hacía tiempo que no pensaba en él.

Recuerdo con nostalgia mis días de soñadora y me asombra saber del cambio que va ocurriendo en mi. ¿Es esto la madurez?. Una vez escribí un poema que hablaba de eso era la historia de cómo el hombre crece y poco a poco deja sus sueños de la niñez atrás, descontándolos por imposibles.Este hombre, dije yo, muere solitario y sin sueños pero aunque muere es un ganador, ha mantenido ese sueño vivo, esa esperanza. Y eso pienso yo es lo que tenemos que hacer, amor. La vida no nos va a ser fácil y no podemos dejar que nuestros sueños se mueran. Un día te enseñaré mis poemas, son muchos y serán más ahora.

Ahora debo dejarte para seguir viviendo el teatro de esta casa

Chao amor, me haces falta

Tuya, Juliana

Al terminar la carta Juliana se dijo que quería a Antonio con locura y sentía que eso le hacía bien que los planes secretos a seis meses iban mejor de lo planeado y que se jugaría el todo por el todo con ese hombre al que quizás había tratado muy poco, pero en el que confiaba plenamente. Antonio era un hombre de palabras y le daría su vida si fuera necesario.

Sabía que la reacción colectiva sería de sorpresa y de sospecha. Sorpresa por lo breve del noviazgo y por la juventud de ellos. Sorpresa porque un matrimonio apresurado sólo se hace cuando hay un embarazo inesperado.

Se arriesgarían a todo, el propósito real era liberarse de la galopante esquizofrenia de una madre que evaluaba un beso como una violación o la mancilla de una virginidad sagrada.

Ese era el motivo de apresurarlo todo y ella se jugaba el albur con Antonio.

Sus amigas la valorarían como falsa por no haber compartido el proceso de todo, por guardarse tan importantes acontecimientos. Le dirían que ellas eran sus amigas y que se sentían como hermanas y podían haberle ayudado. Le enrrostrarían el que no tuvo la confianza de comunicar el infierno que era su casa y su madre y que nunca dijo nada de sus planes secretos con Antonio.

Ella sentía un especial cariño por sus amigas pero desde que oficializó los amores con Antonio se había creado una cierta distancia o un prudencial alejamiento ya que los

intereses de Antonio estaban focalizados en los estudios y el deporte y los de sus amigas no iban por esa ruta.

Más de una vez se preguntó, en lo íntimo, si el querer era excluyente y convino en creer que sí; todo amor exige dedicación .

¿Cómo reaccionaría su madre el día que Antonio y ella la informaran de todo? Seguro que abriría los ojos como una poseida y le temblarían los labios incontrolablemente. El sentirse sin el protagonismo no le iba a caer bien pero a ellos eso no le importaba era su boda y ellos decidian cómo debía hacerse. Juliana sintió el dulce sabor de una venganza premeditada. Su madre no podía controlar la vida de todos a su antojo sin preguntarse si eso que hacía beneficiaba o perjudicaba al otro. Ya estaba bueno, había que ponerle coto de alguna manera.

¿Y su padre? ¿Qué diría su padre? Con este no tendrían problemas, era un ser racional y comprensible y les apoyaría tan pronto le razonaran francamente.

El padre se alegraría en lo profundo de que no le hubieran comunicado los planes a la madre y hasta sentiría un inconfesado placer de que viviera en carne propia a lo que había llevado a la familia por sus incongruencias y fanatismos.

Todo se haría conforme a lo planeado, ella y Antonio serían una pareja feliz pese a todas las dificultades, sin embargo algo no encajaba en la planificación global, algún hilo estaba flojo en el telar y hacía que Juliana repasara y pensara la reacción de todos

Su hermano opinaría muy poco y le tendría sin cuidado el que le avisaran un mes, una semana o un día antes; para él los protocolos no existian. Natacha podía sentirse un poco porque estando en similar situación a ella con respecto a la madre, Juliana no había compartido el secreto de una boda rápida, sencilla y sin invitados . Ella le convencería con el argumento de que Antonio le había hecho prometer que no lo diría a nadie y que ella necesitaba cumplir el juramento hecho.

Natacha entendería sin dudas y más en las circunstancias en que vivía su vida de un tiempo a esta parte. Se le notaba considerablemente delgada con los ojos opacos y siempre llorosos al fondo de unos huecos bordeados por pómulos sin maquillaje.El pelo recogido en una cola a la espalda daba evidencias de escasos cuidados. Antes ese mismo pelo y la hermosura de su cara habían sido objeto de piropos encendidos. Natacha se volvía coqueta en muchas situaciones cosa que las diferenciaba porque ella, juliana, siempre había carecido de esos encantos que atraían a los muchachos. Más de una vez, cuando salian juntas, las miradas se quedaban en su hermana nunca en ella. ¿Qué le estaría pasando a su hermana? Se detuvo a pensar con un poco más de atención.

Se notaba triste como nunca, huidiza, descuidada. Conversaba muy poco y había descuidado su apariencia personal al límite del descuido. Una situación así era reflejo de que algo, quizás le atormentaba y precisaba de un confidente; pero en sus casos tenian un ser ausente y traumado, fanática religiosa y torpe a las que debian considerar como madre. Más de una vez Juliana había

querido entablar una conversación con ella, pero con poco éxito Natacha evadía respuesta y respondía, casi, con monosílabos.

Era preocupante aquello, pero ella tenía suficiente carga encima con mantener el secreto de la boda y en mostrarse sumisa en el devenir de la casa. Natacha no estaba bien y ella no podía hacer nada.

En la angustia por su hermana, Juliana decidió escribirle a Antonio como un modo de votar la presión.

Santo Domingo
Dia de tristeza

Sr Mi Amor

¿Hola manito?¿Cómo estás?

Espero que bien. Estoy triste amor. Estoy muy triste.

¿Sabes? Papi acaba de informar que va a renunciar del trabajo pronto, no sé la fecha ni quiero saberla.

No sé que va a hacer, las cosas no salieron como esperaba.

Estoy sola en el cuarto y tengo frio, mucho frio, mi cabeza parece que va a explotar. Quisiera hablar con alguien, quisiera un abrazo pero ¿quién? ¿ a quién puedo llamar? Todos parecen estar tan lejos, tan lejos.¿Y Dios?¿sabes? le tengo miedo a Dios.Quizas hasta tenga miedo de confiar en El. Es que confío en lo que quiero y se que eso está mal. Me siento tan sola Manito. Quiero dejar de temblar y no puedo. Manito ¿qué voy hacer? Hay un animalito

desamparado en un invierno frio que sabe que va a morir. No, no voy a morir pero estoy muriendo por dentro. No quiero soñar amor, es que es tan fácil perder los sueños. Son como las estrellas que aparecen noche a noche bajo tu ventana y un dia así por nada nunca las vuelves a ver. Antonio, que triste estoy, quisiera que estuvieras conmigo pero tú tambien pareces un sueño. Te trato de alcanzar y pareces estar lejos.¿Estás lejos Manito? Te quiero mucho no me olvides, no me olvides..

Amor, no te atormentes, sólo es que me entran deseos de llorar.

Trataré de creer, tengo que confiar. Te lo prometo

Cuidate mucho.

Tuya

Juliana

Al escribir su nombre en el final de la carta decidió adornarla con dibujitos todo alrededor y así lo hizo. Aquello le pareció gracioso y quiso imaginar las interpretaciones que le daría Antonio.

AMOR DE LEJOS

La encontró repasando por enésima vez la carta que le había llegado en la mañana de ese día. Aquella carta era un retazo de esperanza y una prueba inequívoca de que el plan trazado iba por buen camino. Antonio le contar poco de sus afanes y la animaba a resistir pacíficamente.

Para su madre la separación había sido una gracia divina que se completaría cuando Juliana desistiera de esos amores que ella había tenido que aprobar ante la presión de todos, pero que en lo intimo ella evaluaba extemporáneo.

De Antonio no se sabía casi nada a lo sumo que era un muchacho tranquilo y estudioso, que había venido a estudiar al país, dejando su familia en Estados Unidos Sabia que su padre tenia negocios de bodega como le decían a los colmados en New York y que su madre y sus otros dos hermanos mayores ayudaban en los negocios...

Todo eso estaba bien pero Antonio no era el hombre que ella quería para su hija, prefería un muchacho de iglesia que vibrara con las cosas de la fe y fuera más temeroso de Dios.

A juzgar por los hechos, Antonio no era de fiar puesto que lo había sorprendido en plena acción de inducir al pecado a Juliana con caricias impropias de novios y que para colmo ella aceptaba entre risas de cosquillas. Antonio era un ladino que aparentaba ser una ovejita mansa siendo un lobo.

Desde aquella vez; el redujo el numero de visitas y muy pocas veces entraba a la casa cuando pasaba por Miguel para ir a las prácticas de Judo. Ambos, su hija y el novio habían cambiado el modo de tratarse y en las visitas sabatinas Antonio se la pasaba frente al televisor o conversando con el padre de su novia.

A Juliana no parecía molestarle la poca casi desatención de Antonio en sus visitas, se limitaba a pasarle por el lado y tocarle la cabeza. En esas oportunidades ambos se reían de un modo extraño, tal parecía que en ese juego se escondía un código secreto, una complicidad indescifrable.

Cuando ella se asomo a la puerta de la habitación de Juliana la sorprendió con los vestigios de esa risa que exhibía en las visitas de Antonio.

– *¿Qué quieres?* Dijo Juliana en tono seco.

– *Nada, mi hija... Es que te he visto leyendo esa carta tanto rato que estoy intrigada. ¿Pasa algo?*

– *No, todo sigue bien* -dijo Juliana con la secreta satisfacción de su secreto.

– *Déjame hacerte una pregunta Julianita* -dijo su madre queriendo un clima de intima sinceridad... *¿Cuándo es que vuelve Antonio?*

Juliana la miró y supo que esa no era la pregunta que su madre quería hacerle y la enfrentó en el acto.

– *¿Qué tú quieres saber, mami? Te conozco bastante y sé que es otra cosa lo que quieres decirme.*

– *Ay no, no, no, mi hija, es que te veo cómo estás y con la experiencia que da la vida una tiene sus sospechas.*

– *¿Sospechas de qué, mami?* dijo Juliana visiblemente molesta.

– *Sospechas, mi hija, sospechas, el diablo no sabe por diablo, sino por viejo.*

– *¿Y qué es lo que sabe el diablo en este caso?*

– *Nada, mi hija, nada, pero los hombres siguen siendo hombres y las tentaciones están en todos los lados.*

– *Pero ¿Qué es lo que tú me quieres decir que no te entiendo?* Juliana, ahora en un tono más conciliador. Había recordado la advertencia de Antonio de que se mantuviera lo más alejada de las confrontaciones con su madre.

– *Mira, mi hija, Antonio está allá y tú aquí, sabrá Dios lo que él está haciendo y tú aquí preocupada y sufriendo. Mi abuela decía un refrán que a mí nunca se me olvida y es que el amor de lejos es amor de pendejo. Yo no sé si a ti te convengan esos amores en donde cada uno está por su lado.*

Juliana quiso responder y se mordió la lengua, ya que la opinión de su madre era una abierta provocación y un llamado a la desconfianza. En la que ella no respondería.

Hasta el momento Antonio no había dado indicios de mujeriego ni de irresponsable y su madre no era la persona que la haría dudar. ¿Tenía su madre calidad moral para hablar de amores de lejos? ¿Qué tan cerca estaba ella? ¿Su padre no era, acaso, un hombre abandonado?

Juliana quiso sonreír y resultó una mueca lastimosa. Su madre estaba mal de la cabeza y quería llevar por ese camino a la familia. Ella no se dejaría arrastrar y por eso guardaba el secreto de su plan con Antonio.

– *Para el refrán de tu abuela se ha inventado otro* -dijo Juliana intentando devolver la estocada de su madre- *dice que amor de lejos felices los tres.*

– ¿Cómo así? -dijo la madre en una reacción casi inmediata- *O sea ¿que no te importa que él tenga otra allá?* dijo en una inevitable sorpresa a la salida de Juliana,

– *Mami, no vas a atormentarme con el cuco de las infidelidades, estoy segura de Antonio. El que no te caiga bien es problema tuyo, a mí me resulta una persona buena.*

La madre hizo un silencio largo en el que se recompuso el pelo y buscó la frase final que pudiera dejar instalado el gusanito de las dudas.

– *Tu vida es tuya, Julianita* -le dijo fingiendo una comprensión que estaba lejos de ser honesta.

– *Ya lo sé mami, gracias por recordármelo aunque tú no creas en eso.* -le dijo sabiendo que le había anulado cualquier argumento en contra de Antonio.

La madre abandonó el pórtico de la puerta con la esperanza de que algo le hubiera quedado a esa niña terca que era su hija.

Juliana se puso en pie y cerró la puerta con seguro y se tiró boca abajo a pensar en su pronta liberación de aquel infierno. Se quedó dormida en la penumbra silenciosa de la habitación

La espera estaba llegando al final y ahora le tocaba a ella iniciar el abordaje a los próximos para que el golpe fuera más llevadero.

¿Cómo reaccionaria su madre ante la noticia de que ella se iba a casar con un novio al que no conocía lo suficiente?

Eso no le importó tanto; pero lo que pudiera pensar su padre la atormentaba. Su padre era la única preocupación, aunque al fin y al cabo él entendería y la apoyaría irrestrictamente.

Antonio le había escrito una carta con los detalles fundamentales. En ella le notificaba que había hablado con su padre y que éste estaba en plena disposición de costear la boda y en ayudarlos hasta que se pudieran ir a los Estados Unidos. Esto no estuvo en sus planes iniciales y le tambaleó interiormente en un principio, aunque luego admitió la posibilidad como una salida. Estando bien lejos, tendría menos dolor de ver a su madre precipitarse en los abismos de unas creencias religiosas insostenibles y radicalmente medievales. Dejaría de atormentase por esas dudas dichas entre sonrisas maliciosas que era la nueva modalidad cuando de Antonio se trataba.

Vivirían en un apartamentito estudio que ella debía ir localizando y continuarían sus carreras universitarias lo más aceleradamente posible, al par de ir gestionando las documentaciones de ella para los trámites de residencia. Todo sería más fácil, puesto que Antonio había logrado la ciudadanía por el hecho de haber nacido allá.

Ahora, frente a la eminencia del regreso ella estaba asustada, dormía poco y no encontraba la forma de articular lo planeado.

Casarse era una liberación de aquel infierno y de una madre religiosamente fundamentalista, pero esta forma abrupta iba a provocar reacciones incalculables

Vicky fue su auxilio, a ella le confió todo el proyecto en el desespero de no saber por dónde comenzar.

– *Pienso* -dijo ella en su proverbial circunspección- *que debes moverte rápido, así no puedes seguir a menos que quieras morirte antes del intento. Debes enfocarte en lo del apartamento estudio y procurar que esté amueblado para que tengan menos gastos. Yo te voy a ayudar en eso.*

– *Gracias amiga, no sé que sería de mí sin tu ayuda* -dijo.

– *Nos queda lo de tu familia, especialmente lo de tu mamá que es una persona difícil. De este tiro se muere.*

– *¿Tú crees?* dijo Juliana con un dejo de preocupación.

– *Es un decir amiga, un juego. Tienes que meterte en la cabeza que tu vida es tuya, que ya eres mayor de edad y puedes y debes decidir lo que quieres.*

– *Pero ¿tú crees que mi mamá se afecte tanto que pueda morirse?* siguió Juliana preguntando con similar preocupación a la anterior.

– *Ya está bueno de esa preocupación estúpida, enfócate en tu felicidad y en la de Antonio, eso es lo que importa ahora.*

Vicky entendía que procedía continuar los preparativos para que a la llegada de Antonio hubiera el menor número de cosas pendientes. Entendía que Juliana necesitaba escaldar esas viejas heridas que el fanatismo religioso y la maldad de su madre le habían proporcionado llevándola al extremo de un matrimonio apresurado.

Para Vicky la madre de Juliana no era merecedora de la más mínima consideración, era un ser repugnante. Todo lo juzgaba, nadie era merecedor de confianza.

– *Tu madre ha vivido su vida, ahora eres tú la que debes vivir la tuya sin empecinarte si esto o aquello le va a afectar a fulano o a mengano. Tienes una oportunidad y las oportunidades son calvas y hay que agarrarlas por el único pelo que tienen* -dijo Vicky en un tono de convencimiento. Juliana hubiera querido comunicarle sus preparativos a alguien más, pero Antonio insistía en que no, en que esperara su llegada y en tenerlo todo listo para notificar con datos y fechas.

En tres semanas explotaría la bomba, se decía en los adentros, suponía que una de las dudas de su madre sería si todo aquello se daba por alguna falta a la castidad prematrimonial o por alguna demanda diabólicamente libidinosa de Antonio. ¿Un embarazo inesperado? Eso

no podía ser, porque Ella seguía su vida aparentemente normal, y en seis meses, que era lo que Antonio tenía fuera del país, si hubiera sido un embarazo algo se hubiera notado. Definitivamente su madre no podía buscar en aquello la razón de la prisa en casarse. Probablemente acusara a sus amigas por haberla inducido a aquella locura; de un tiempo a esa parte se juntaban más de cuenta. Esa tal Vicky no le gustaba mucho, la sentía muy impositiva, muy alardeante de madurez, poco inclinada a las cosas espirituales. Vicky era una de esas muchachas modernas que frente a los adultos fingía timidez y hablaba muy poco, pero cuando estaba con Juliana siempre llevaba la voz cantante. Su madre la emprendería por Vicky, de eso no había dudas.

El día de la llegada de Antonio era viernes a media tarde, ella no avisaría nada en su casa saldría para la universidad y realmente iría a esperarlo al aeropuerto. Irían a algún lugar para así establecer las estrategias de la noticia a la familia.

Verlo salir de aduanas la hizo estremecer, venía vestido con un Jean y una chaqueta marrón a cuadros.

A su lado un carrito con cinco maletas que impedían ver quien las traía. Se abrazaron en un Abrazo largo y sin palabras, él la levanto del suelo y buscó sus labios para estamparle un beso que esta vez vino mezclado por el salobre de unas lágrimas abundantes que ella no pudo controlar.

– *Ya mi amor, ya falta poco, la pesadilla se va a terminar, no tienes por qué llorar* -le dijo mientras caminaban hacia el vehículo que los conduciría al lugar donde vivía Antonio.

El trayecto fue de locura. Hablaron sobreponiendo un tema tras otro hasta llegar a la habitación donde vivía Antonio.

Acomodaron las maletas sin abrirlas y decidieron comer algo en un lugar cercano. La tarde dejó caer una cortina opaca que olía a lluvia próxima y adelantaba la noche

Como de costumbre la cena estuvo puesta a media hora después de las siete. Juliana no había salido de su habitación y contrario a otras veces le había puesto el seguro a la puerta. Sólo se le oyó saludar la llegada de su padre que ahora no podía venir los viernes por la noche, puesto que el trabajo estaba en una fase crítica. Ella abrazó a su padre con fuerzas al tiempo que le besaba el pómulo izquierdo entre lágrimas.

– *¿Que pasa mi tesoro?* Le dijo él, algo preocupado-

– *Nada, nada papi, después hablamos...*

– *No, no, hablemos ahora* -dijo el pensando que era una de esas peleas madre-hija que trastornaban la precaria armonía de los fines de semana.

– *Después de cena, hablamos después de cena* -dijo ella más calmada.

– *Después de cena* -dijo el al tiempo que la cubría en un abrazo cálido.

– *La cena se enfría, vamos, vamos* -se escuchó la voz nasal de la madre y silenciosos cada uno ocupó su asiento a la espera de la rutinaria bendición de los alimentos.

Casi al final, cuando los cubiertos marcaban unas horas parecidas, se escuchó un timbre fuerte que sobresaltó a Juliana. Aquello era la señal de una batalla que comenzaba sin saber a dónde llegaría.

– Es Antonio -dijo en voz alta su hermana, quien se había levantado a ver quien tocaba.

– *¿Antonio?* -dijo la madre confirmando su sospecha de que el misterio de puertas cerradas de Juliana tenía su razón en ese hombre que ahora avanzaba con una mueca que buscaba ser sonrisa.

Juliana se levantó y le dio un beso que no correspondía a tanta ausencia y se abrazó por un momento. Antonio la retuvo con el brazo izquierdo en un abrazo a medias mientras saludaba a cada uno.

El padre cedió su asiento y fue al siguiente que estaba vació y Antonio se sentó entre las clásicas preguntas.

Juliana comenzó a sudar las manos y Antonio entendió que no debía prolongar su suplicio.

– *Quise presentarme ahora aunque llegué ayer, porque queremos comunicar una información a la familia.*

La tensión se apoderó de todos, la madre respiró profundo como para asimilar el golpe que veía venir y para el que no se había preparado. El padre se recostó al espaldar de la silla cuyo extremo sobresalía un poquito a su cabeza. Fue el hermano quien destenso el inicial ambiente cuando dijo

– *Hay boda.*

Una risa nerviosa se quiso dibujar en más de una boca para borrarse casi de inmediato cuando Antonio confirmó.

–*Sí, hay bodas.*

Las manos de Juliana se aferraron a las de su novio con una fuerza de garfio y éste continuó.

–*He ido a los Estados Unidos con la misión de preparar todo. Pensamos Juliana y Yo que deberá ser algo familiar y sencillo. Mis padres vendrán y ellos prefieren regalarnos el dinero que se pueda gastar. De mis ahorros personales ya hemos rentado un apartamentito estudio en el que viviremos mientras terminamos nuestras carreras ya que podemos hacerlo en un año. Durante ese tiempo yo haré los trámites de legalización de Juliana y nos iremos a especializar a los Estados Unidos.*

Antonio no daba lugar a preguntas, hablaba con un aplomo y madurez que a la familia le sorprendía. Él había sido siempre un muchacho correcto y callado, casi tímido podría decirse, pero ahora era otro.

Antonio se encrespaba en unas olas de buen juicio que le hacían ver como todo un hombre decidido y muy claro en lo que quería.

Se miraron en la pequeña pausa que se dio y la madre intentó hablar cuando Antonio añadió.

–*No me gustaría que el modo casi clandestino en que hemos hecho esto sea motivo de críticas injustas contra Juliana, pues yo le ordené el silencio. La culpa es mía.*

Juliana volvió a apretarle la mano con fuerza como buscando una energía distinta para no desmayarse...

– *La Palabra dice en Marcos 10 verso 7 que separará el hombre su padre y su madre, su casa y su parentela para juntarse con su mujer. Ustedes que son fieles seguidores de La Escritura entienden perfectamente lo que ahora les planteamos.*

La madre se desarmó en lo interior, no esperaba una argumentación de esa naturaleza y menos de alguien que no había manifestado nunca el más mínimo conocimiento de La Biblia. Antonio le había dado un golpe bajo y ahora ella no tenía la forma de recomponerse y comandar las argumentaciones en contrario. Su hija era mayor de edad y casi profesional. Antonio estaba en igual circunstancias y los argumentos en contra no tenían mucha fuerza.

El padre sonrió más por lo aciago del momento por el que pasaba su esposa que por la argumentación religiosa que había colofonado la información de Antonio. Para llenar el hueco de silencio que se iba agrandando por segundos el padre dijo...

– *¿Han pensado fechas?*

– *Sí* -contesto Antonio sin añadir más cosas...

– *¿Cuando?* -dijo la madre en una voz que le salió atiplada por el estupor.

– *Debo ponerme de acuerdo con ustedes para así avisar a mi familia. Juliana y yo pensamos que el próximo mes estará bien.*

– *¿El próximo mes?* dijo la madre en una reacción inusitada.

– *¿Cuál es el problema doña?* Dijo Antonio con firmeza

– *Demasiado precipitado, un mes no da oportunidad a que uno avise a sus amistades* -dijo la madre.

– *Mami* -intervino Juliana ya restablecida de la primera parte y sabiendo que la negativa de su madre estaba neutralizada- *Antonio y yo no queremos el molote de gente, es una boda en estricta intimidad familiar, o sea nosotros y los padres de él.*

– *Pero como va a ser eso Julianita, tú no te puedes casar y yo ni por cortesía invitar a las personas de mi comunidad de la iglesia ¿Cómo puede ser eso?*

– *Mami ¿eres tú la que te vas a casar?* -Intervino el hermano que por lo regular nunca decía nada- *No eres tú son ellos y ellos quieren que sea en estricta intimidad familiar. Permítele, aunque sea una vez en tu vida, que la gente decida lo que quiere y como lo quiere.*

La madre se sintió acorralada por las miradas y los argumentos y buscó la salida de siempre.

– *Ustedes pueden decir lo que quieran pero yo no estoy de acuerdo, no estoy de acuerdo.*

– *No estamos pidiendo que estés de acuerdo mami, estamos diciendo cómo queremos la ceremonia* -intervino Juliana de nuevo.

– *Está bien, está bien* -ripostó la madre en evidente mal humor de derrota- *Pero quisiera que me permitieran, si eso no es violar la estricta intimidad familiar que ustedes quieren y que yo no entiendo, quisiera me permitieran invitar dos amigas a las que le debo mucho.*

– *Doña* -habló Antonio- *invite a sus amigas y caso cerrado.*

Hubo un silencio pesado que nadie se atrevía a romper y que el esposo aprovechó para servirse un baso de agua.

– *Tenemos pendiente la fecha para que yo pueda avisar a mis padres* -dijo Antonio.

– *Ustedes son los que deben decidirla, por mi parte no hay inconvenientes, yo lo que quiero es que sean felices* -dijo el padre de Juliana en evidente solidaridad cariñosa. Antonio le había caído bien y ahora que tenía la entereza de frenar a aquella bestia que tenía como mujer, Antonio le caía mejor.

– *Perfecto, Juliana y yo les informaremos mañana o pasado lo que hayamos decidido.*

En un tácito final se levantaron de la mesa y Juliana y su novio se acomodaron en el sofá frente al aparato de música aquel en donde hacía menos de un año la madre creyó ver unas caricias de alcoba de un muchacho díscolo e irresponsable.

Juliana miró a su novio sin saber qué decir y con una alegría refrenada, se tomaron de la mano y ella dejó salir un borbotón de lágrimas que le llenaron los ojos. No eran lágrimas de alegría, estas hablaban de un dolor inexpresado que la consumía a lo interno.

– *No tienes que llorar, la libertad está cerca* -dijo Antonio mientras la miraba compasivo.

Ella siguió llorando a sabiendas que ni aun en esos momentos que le esperaban, ella podía contar con una madre.

CAMUFLAJES DE ALEGRÍA

Amaneció con el sobresalto que traía el acontecimiento. Se quedo un rato sentada al borde de la cama y repaso el trayecto hasta la decisión de casarse.

Suponía que no era la mejor edad, aunque sabía que una cosa era la edad cronológica y otra la sicológica. Viéndose en comparación con las amigas ella era significativamente mas madura. Sus veinte años eran un calvario que le habían enseñado más de lo conveniente.

Juliana repaso los riesgos, pero al evocar las muestras de afecto entre los padres de Antonio; lo bien que se llevaban no tubo más que concluir que valía la pena el riesgo.

Sin proponérselo fue a recalar a las actitudes de su hermana, reparo en que no se había sido nada solidaria. Cayó en la cuenta de que esta permanecía en su habitación siempre que estaba en la casa y creyó haberla visto con una melancolía enfermiza que resumaba un tormento colosal.

En verdad Juliana no esperaba ninguna solidaridad de su hermana, pero le parecía descortés e inhumana una indiferencia silenciosa y casi huidiza...

Aquello empezó a martillarle hasta dejarla en las fronteras de la incomodidad. Cuando se levanto al baño ya tenía la decisión de abordar a su hermana.

– *Esta noche cuando Mami salga a su reunión yo quiero hablar una cosa contigo* -le dijo Juliana a su hermana que intentaba desayunar.

– *¿Qué es lo que tú quieres decirme?*

– *Ahora no es conveniente hablar, cuando Mami salga esta noche hablamos* -le dijo bajando un poco el tono.

– *Tú siempre con tus misterios Juliana, yo no sé cuando tú vas a dejar eso...*

Al filo de las siete y luego de disponer la cena de todos, la madre de Juliana se marchó, no sin antes hacer las recomendaciones de siempre.

Juliana tocó la puerta de la habitación de su hermana y sin esperar respuesta entró y puso pestillo a la puerta.

La hermana se incorporó y se colocó una almohada como espaldar y abrazo a la otra al tiempo que asumía la posición de loto.

No hubo preámbulos y en un tono conminatorio Juliana comenzó.

– *¿Qué te pasa?*

– *Nada, a mi no me pasa nada* -respondió insegura su hermana quien no esperaba el inicio de aquel dialogo con una pregunta.

– *Estas desganada, apagada, con cara de preocupación siempre. No sales, te estás poniendo fea de tan delgada. A ti te pasa algo y lo estás sufriendo sola. ¿Que te pasa?*

En el silencio hubo un mirarse cara a cara y Natacha empezó a llorar primero sin sollozos y luego desesperadamente.

Juliana la abrazo con pena y lloraron por motivos distintos. Lloraron hasta que Natacha dijo entre sollozos.

– *No tengo el valor para matarme, pero debería estar muerta.*

Juliana la separó del abrazo y la miró sorprendida.

– *Deja de decir tonterías, el suicidio es una cobardía y tú no puedes ser cobarde, No te creo tan débil.*

La expresión la dijo sin el convencimiento que debía tener, quizás porque ella misma había barajado esa solución en los momentos críticos con su madre.

Natacha volvió a llorar desconsoladamente y Juliana comenzó a interrogarle.

– *¡¿Qué es lo que te molesta?!*

– *Nada, no me molesta nada* -dijo sin convencimiento en la voz.

– *Algo tiene que ser porque estás cada día más rara, ausente y delgada.*

Nilka ahora lloró en unos sollozos hondos hermana que le sujetaba la cara con ámbas manos buscándole la mirada.

El forcejeo le mostró el dolor profundo que padecía su hermana.

– *¿Qué te pasa manita, tenme confianza, yo no soy una extraña, soy tu hermana* -le dijo.

– *Por eso mismo es que tengo vergüenza de decirte lo que me tiene así, por eso mismo.*

Juliana no supo qué pensar pero tenía que saber lo que le pasaba a su hermana e insistió.

– *Quiero saber lo que pasa, sea lo que sea.*

– *Tú me quitaste a Antonio* -dijo como vomitando un dolor profundo

– *¿Cómo que te quité a Antonio?* Preguntó sorprendida Juliana.

– *Sí, tú te metiste en medio sabiendo que él me interesaba y ahora se van a casar y él ni me mira cuando viene.*

La noticia desestabilizó la interioridad de Juliana. No podía creer la confesión de su hermana y menos que fuese ahora cuando dejara salir un rencor que le había amargado el vivir. ¿Cómo había sido posible todo aquello? ¿Qué señal había dado Antonio a Natacha para que ella se sintiera la lógica elegida?¿Qué muestra había dado su hermana que insinuara que aquel amigo de su hermano le interesaba? Habría que pensar todo lo contrario, Natacha nunca estuvo cerca ni de un saludo afectuoso con Antonio; podría decirse que lo ignoraba como ignoraba a las personas que no tenían importancia para su altanera actitud de casi siempre.

Ahora el esquema volvía a complicarse y Juliana no se sentía culpable de la acusación de su hermana. Lo de ella y Antonio había sido algo casual, sin los cortejos y parafernalias del común de los mortales.

Juliana entendió que debía poner los sentimientos en orden y tomando un poco de distancia física dijo a su hermana.

– *Esto era lo que me faltaba, que tú pensaras que me crucé entre ti y Antonio. Eso nada más me faltaba. Mira Natacha, cuando Antonio y Yo nos metimos en amores tú no estabas en el panorama y creo que nunca se cruzaron ni un saludo. Estás inventando otra historia en tu bipolaridad. Debes volver al tratamiento porque sencillamente no estás bien.*

Natacha apenas oía a su hermana inmersa en unos sollozos fuertes.

– *No vamos a comentar lo hablado con nadie* -dijo Juliana buscando sanjar la situación- *pero tienes que prometerme que volverás a tratamiento.*

En el acuerdo terminó la conversación de las hermanas. Juliana varió el foco de su preocupación que eran los preparativos de la boda.

El día señalado amaneció con un sol fuerte que encontró a Juliana despierta y reflexiva de todo lo que había sido su vida hasta ese momento. No se levantó de la cama hasta pasadas las ocho de la mañana.

En la casa estaba su padre y su hermano, ya que su madre y Natacha habían ido al salón de belleza a componerse el pelo.

Saludó con un "ción Papi" y se fue por un vaso de agua a la cocina.

– *¿Cómo se siente mi hija?* -dijo el padre amoroso.

– *Asustada y nerviosa* -respondió Juliana.

– *No es para menos, pero tengo la seguridad de que te irá bien, de eso no me cabe duda.*

– *Que Dios te oiga papi, que Dios te oiga.*

A su retorno del Salón de belleza la madre abordó a Juliana en estos términos:

– *Mi hija, quiero que nos sentemos un momentito tú y yo porque quiero decirte algunas cosas.*

Una marca de preocupación hizo presencia entre las cejas de Juliana quien empezó a suponer el sermón que le esperaba.

– *Dime lo que me vas a decir ahora* -dijo Juliana

– *Ven, vámonos al cuarto mío que ahí tenemos más privacidad.*

Ya en el cuarto la madre se sentó al borde de la cama y Juliana en el butacón donde su padre leía.

– *Mira mi hija, es mi deber decirte algunas cosas de los hombres. Mira, no puedes permitir esas caricias extrañas y contra natura que se han puesto de moda. Un cuerpo de mujer es un templo del Espíritu Santo y una no puede estar ensuciándolo con placeres impropios. Dios quiere que tengamos relaciones normales no esas*

maromas y diabluras que se han inventado los esclavos del diablo.

Juliana siguió atenta al discurso y su madre interpretó que estaba interesada.

– *Has tenido una buena educación cristiana y ya eres casi una profesional, sé que esto que te digo lo sabes pero es mi deber recordártelo.*

– *Gracias mami* -dijo Juliana en tono conciliador.

– *No tienes que agradecerme nada, para eso soy tu madre. Ten presente que las puertas de tu casa siempre estarán abiertas.*

– *Gracias, Mami* -se oyó decir a Juliana, esta vez en un tono más bajo.

Luego de una media hora de conversación la puerta de la habitación dio paso a la madre primero.

La ceremonia de boda fue íntima y simbólica. Juliana parecía un ángel enfundada en aquel vestido blanco de minúsculas aplicaciones de florecitas cremas.

El novio lucía adusto y recto como militar en guardia. El momento del beso fue solemne: Ella ofreció unos labios escasos de pintura y el le tomó la cara entre las manos. Primero la besó en la frente y le recitó algo al oído, luego reclamó su boca y dijo con el beso que aquella era su mujer y que él su hombre. Los aplausos no se hicieron esperar y ellos rieron con una sonrisa cómplice.

El tiempo cruzó rápido por la pareja y los esposos iban sorteando las dificultades de cada etapa, algunas veces Juliana comparaba su vida actual con el infierno que había sido su casa materna. Veía la complejidad de una madre fundamentalista cristiana, de un padre que no acababa de asumir su rol, de una hermana enferma y un hermano al que todo le era indiferente. En verdad vivía una vida mejor junto a su esposo.

Cuando los trámites de ida a los Estados Unidos estuvieron concluidos Juliana temió la separación de su familia. Cavilaba en lo que podría ser una vida en donde ella no tuviera más apoyo que su marido. Pensó en que su profesión, la que había logrado a sangre y sacrificios se iba a troncha pese a que su esposo le había prometido que ella haría su reválida y trabajaría. Esa había sido una promesa pero la realidad era que el padre de su esposo quería retirarse del negocio de bodegas y era a su marido a quien le tocaría continuar la empresa familiar.

¿Soportaría él que ella se desligara de lo que él hacía? ¿No sería aquello un modo de abandono de su marido? Ahora Juliana dudaba y sufría por su futuro próximo.

PROFECÍAS CUMPLIDAS

Dos años de batallas que no tenían victorias y el cráter de lo irremediable haciéndose mas grande. Habían procurado recurrir a los recuerdos y sacar desde ellos la voluntad que los había mantenido esperanzados hasta lograr la unión. No había valido de nada, ella insistía en volver o romper todo y él buscaba que ella se quedara.

Ella alegaba que en una sociedad como aquella su vida era nula, no había logrado ingresar a Columbia que era donde pretendía revalidar sus estudios y para colmo el se había convertido en un esclavo de los negocios con el pretexto de que harían suficiente dinero para retirarse jóvenes y disfrutar la vida.

Para colmo, Antonio quería que ella saliera embarazada cosa que ella no se había planteado ni quería inmediatamente.

Por semanas y meses los pocos momentos que debían disfrutar se convertían en agrias discusiones.

Fue para la fiesta de Acción de Gracias de ese año, ellos decidieron

estar sólos y escogieron un hotelito playero a la orilla de la bahía de _____

El trayecto desde Nueva York les llevo unas tres horas y media y lo pasaron mirando el paisaje entre comentarios intrascendentes.

Al instalarse miraron el mar grisáceo de playas hechas con rocas y patos buceadores.

La presencia del mar los volvió introspectivos y silenciosos, ninguno se atrevía a comenzar el diálogo que se habían prometido.

Cenaron entre un discreto bullicio de personas mayores que eran los parroquianos del momento.

– *¿Qué has decidido?* -dijo él queriendo iniciar el diálogo.

– *¿Decidido de qué?* -respondió ella en un tono que hablaba de dureza interior y poca dialogicidad.

– *Pienso que debemos aprovechar este tiempo y llegar a acuerdos que nos permitan vivir en sana paz porque últimamente parecemos enemigos mortales en una casa.*

Ella lo miró con el ceño fruncido y disparó su primera descarga.

– *Es mejor tener un enemigo que vivir con un hombre intransigente y mortificador como tú* -dijo.

– *Intransigente y mortificador ¿Porque no hago lo que quieres?* -respondió Antonio muy calmado.

– *Por lo que sea, por lo que sea* -dijo ella visiblemente molesta

– *No creo que con respuestas como esa vayamos a llegar a un dialogo constructivo* -repuso el en afán de establecer un clima favorable.

– *Mira Antonio, la situación es muy simple. Yo no quiero vivir en este maldito país y si tú no puedes dejar los negocios familiares acabamos esta tortura. Tú para tu casa y yo para la mía.*

– *¿Te parece una buena salida?*

– *Yo no sé si es salida o entrada, lo único que quiero que sepas es que en este maldito país yo no aguanto un mes más.*

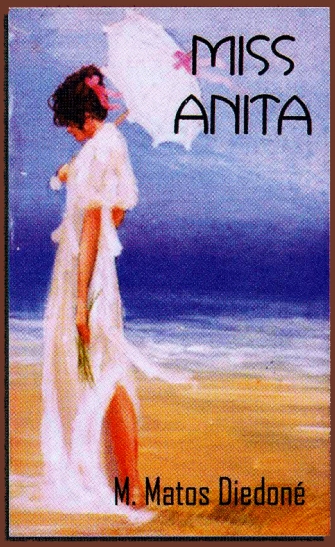
– *Me pones muy dura la situación, no lo creo justo.*

– *Justo o no esa es mi decisión.*

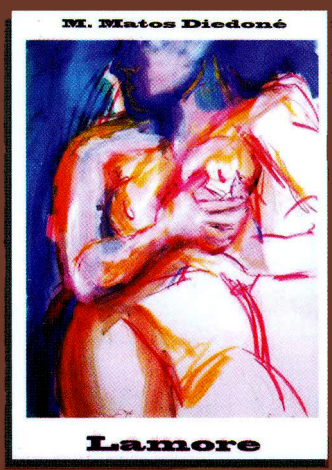
No valieron los argumentos de amigos y familiares, ni los viajes mensuales que Antonio hizo durante medio año en procura de una reconciliación. Juliana se fue alejando hasta que instada por su madre tramitó la separación.

El día en que un mensajero le trajo un sobre que contenía los papeles del divorcio firmados por Antonio, Juliana evocó el principio de toda aquella historia, que era el cumplimiento de la profecía de aquel juego de Esas Cartas.

Esta primera edición de
"Esas Cartas"
de la autoría de
Manuel A. Matos Diedoné
consta de 500 ejemplares
y se terminó de imprimir
en el mes de enero del año 2013,
en los talleres de Editora Búho,
en Santo Domingo, República Dominicana.


MISS
ANITA
M. Matos Diedoné

La mujer de Hostos
Manuel Matos Diedoné


M. Matos Diedoné
Lamore

ESAS CARTAS

Manuel A.
Matos Diedoné

Una madre fanática religiosa, mojigata y manipuladora obliga a su hija Juliana a casarse con Antonio. Este había sido la persona cuyo nombre Juliana no quiso incluir en un juego de adivinación de cartas que su amiga Vicky improvisó como distracción después de una tarde de estudios y tareas universitarias.

Un hermano indiferente y una hermana que oculta una violación hacen que "**ESAS CARTAS**" resulte un texto humano, aleccionador y realista.

INSTITUTO TECNOLÓGICO DE SANTO DOMINGO

ISBN: 978-9945472189